



A stylized white letter 'R' with a horizontal line through it, set against a dark background.



A close-up of a man wearing a brown fedora, smiling and looking towards the right. He is wearing a dark suit jacket over a light-colored shirt.

DONALD CURTIS

**AL FONDO
DEL
SUBCONSCIENTE**



The letters 'FBI' in a bold, yellow, serif font with a 3D effect, set against a blue rectangular background with white stars.

FBI

FBI



© Donald Curtis
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S A
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Depósito Legal: M. 22.949-1969.

Printed in Spain

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

DONALD CURTIS

Al fondo del subconsciente

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Últimas obras de DONALD CURTIS publicadas en
nuestras colecciones:

Colección A. FEDERAL:

- Núm. 20.—Top secret.
» 24.—Doctor Devil.
» 27.—Al filo de la noche.
» 30.—El rostro del dragón.

Colección SELECCIONES DEL F.B.I.:

Núm. 320.—Cerco de tinieblas.

Colección F.B.I.:

- Núm. 811.—Siete horas.
» 814.—¡Horror!
» 820.—Amorosamente mortal.
» 823.—Los Zorros del 75.
» 826.—Exótica charada.
» 829.—Asesino de cristal.
» 832.—Rubia es la muerte.

I

LAS ruinas romanas de Baalbek quedaron atrás.

Un rótulo, en la carretera polvorienta, indicaba: «A Beirut». A un lado, había montículos cubiertos de vegetación. Al otro, un abismo profundo, de verdes bosques. Delante, un parador de carreteras modesto y vulgar, casi un merendero, como hay tantos en el Líbano, especialmente en las zonas poco pobladas.

El merendero, provisto de un cobertizo, anunciaba bebidas exóticas. Exóticas para los libaneses, naturalmente: refrescos de cola, naranjadas de marca registrada en el mundo entero, y licores conocidos en Europa y América.

También anunciaban bebidas económicas del país. Y comidas. Me fijé especialmente en las comidas.

Tenía hambre. Mucha hambre. Tenía sed, pero no tanta. Había bebido agua recientemente en uno de los lugares donde hallé un manantial fresco y agradable. El apetito, sin embargo, hormigueaba mi estómago insoportablemente.

Me enjuagué el sudor. Leí los platos típicos del país, y casi me quitaron el hambre. No, no quería nada de eso. No me gustaba la comida libanesa, estaba seguro. Pero entré. Había olor a frituras, a salsas, y eso era suficiente. Me atraía como el imán a los metales.

Había muchas mesas libres. Ocupé una de ellas. Afortunadamente, no había tantas moscas como en otros lugares del Líbano. Quizá habían lanzado algún líquido por el cobertizo, para evitar a los molestos e inevitables insectos de los países cálidos.

Se acercó un camarero libanés, con su gorro rojo y sus ropas muy blancas, en contraste con la piel morena. Le pedí comida. Lo había dicho en inglés. Me miró, algo perplejo, sonriente siempre, y me preguntó algo en árabe.

—«Akal»[1]—repetí, en árabe.

—

«Na'am,

akal» —respondió él vivamente—. «Ma akal?»[2].

Me tendió una carta. Señalé algunos platos. Dije, en árabe también:

—«Bavd, thawr, bira, qahwa...»[3].

—

«Na'am»

—afirmó él, sonriente, más risueño que nunca.

Se retiró a servirme. Cuando volvió, traía cuanto le había pedido, medianamente cocinado. Eso quería decir que, para mi apetito, todo fue exquisito, y rápidamente devorado.

Tras el café, busqué un cigarrillo No tenía ninguno en mis ropas. El camarero debió adivinarlo, porque se acercó, solícito, y me ofreció un cigarrillo libanés, rubio y emboquillado. Lo acepté, sonriente. Aspiré su humo, su aroma, como si fuese el mejor tabaco del mundo, aunque nunca me gustó demasiado el tabaco árabe. Respiré con alivio, retrepándome en el asiento.

—Me siento como nunca —dije en inglés al camarero—. Mejor que nunca...

—«Kayf?»[4]—preguntó él, perplejo, sin entenderme, pero lleno de interés por hacerlo.

—No, nada —suspiré—. Tú tampoco lo entenderías, después de todo...

Fumé con calma, saboreando los últimos sorbos de café. El árabe preguntó vivamente:

—«Khamr sharab?»[5].

—«La»[6]—negué—. Tengo suficiente, amigo...

Apuré el cigarrillo y consumí el café. La comida había terminado. Me sentía satisfecho. El camarero sonrió, empezando a hacer la cuenta, sin que yo se lo preguntara. Me tendió la factura, con una sonrisa. La miré.

No era muy cara. Unas pocas libras libanesas. No llegaban a cuatro. Que era como decir que apenas pasaba de un dólar americano. Muy barato. El Líbano es un país baratísimo para el turista.

Pero yo no era un turista. Y ni siquiera tenía un dólar.

—Lo siento, hermano —le dije, burlón, en inglés—. No tengo dinero. Ni un centavo.

Él se rió, como si yo hubiera dicho algo gracioso. Peor para él. Cuando se lo tradujese, le iba a sentar como un tiro. Y lo malo es que no tenía más remedio que enterarse. Aunque me disculpara yendo al lavabo, no iría muy lejos. Alrededor nuestro sólo había polvo, carretera y montículos. No les sería difícil capturarme otra vez De modo que más valía tomar filosóficamente las cosas.

—«Al hicab» —dijo él, feliz—. «Al hicab, say-yidi»

[7].

—Sí, claro —rezongué—. La cuenta. Te entiendo muy bien, viejo zorro. Pero no tengo una cochina moneda que darte. Tendrás que avisar a la Policía. Te lo voy a decir en inglés... Y que Dios y Alá nos perdonen a los dos.

Se lo dije en árabe. Mostro estupor primero, e incluso rió, creyendo que yo bromeaba. Cuando vio que no era así, puso el grito en el cielo. Y empezó el lío.

El dueño, un libanés increíblemente gordo y sudoroso, salió de la cocina, lanzándose sobre mí como si yo fuese un criminal en plena fuga. Me dejé capturar, sencillamente, y dije con sequedad:

—«Marhaz shourta» [8].

Y ya lo creo que avisaron a la Policía. No perdieron mucho tiempo en ello, la verdad. Los agentes uniformados libaneses estuvieron allí en menos de veinte minutos. Luego, expliqué que era americano, que mi nombre era Cliff Saxon, y que mi Embajada en Beirut pagaría esos gastos, más sus indemnizaciones respectivas, si había lugar a ellas.

Inmediatamente, los agentes libaneses me condujeron a un «jeep» con el emblema de su país y su Policía, entre las protestas y voces del camarero. Yo le dije que le daría incluso propina por su buen servicio, pero creo que no me hizo caso alguno, e incluso me insultó en su lengua.

El «jeep» partió hacia la capital libanesa, por la polvorienta y nada frecuentada carretera. El oficial que los mandaba, muy moreno de piel, de ojos negros y expresión astuta, me miró repentinamente de reojo.

—Usted es realmente americano, ¿no es cierto? —preguntó, en

un inglés muy aceptable.

—Claro que lo soy. Americano de nacimiento.

¿Por qué lo pregunta?

—Al arrestarle, cacheamos sus ropas. No encontramos ningún documento. Ni pasaporte, ni tarjeta de identidad, ni nada...

—Oh, eso... —Me encogí de hombros—. No sé cómo pude perderlas, pero le aseguro que soy americano, y que mi nombre es Clifford Saxon. Aunque me gusta que me llamen Cliff y no Clifford.

—Señor Saxon, usted es un indocumentado en un país extranjero. ¿Dónde dejó sus documentos, sus pertenencias, dónde reside usted?

Le miré fijamente, con frialdad. Luego, hice un gesto evasivo.

—No lo sé, amigo —dije—. De veras que no lo sé...

El me miró con irritación y desconfianza. Evidentemente, no le convencía lo más mínimo, y tenía razón para pensar así, después de todo.

Entorné los ojos, echándome atrás, entre los policías libaneses, armados hasta los dientes. Sus uniformes color café claro, resultaban tan acres y molestos como el color de la tierra, la fuerza del sol y la polvareda levantada por las ruedas del «jeep». Pero supongo que tenía que soportar todo eso por un dólar y unos centavos de deuda en un restaurante barato cerca de las cercanías de Beirut.

—Usted ingresará en la cárcel —dijo el oficial, tras una pausa, con tono enfadado—. Luego, veremos lo que dicen las autoridades americanas, si es que aceptan su versión de los hechos, señor.

No le contesté. Entre otras cosas, porque pensé que ni siquiera valía la pena hacerlo.

El oficial de Policía recibió de manos del embajador el billete de diez dólares. Para una cantidad tan irrisoria, puso un gesto demasiado solemne el funcionario libanés.

—Dos dólares para el restaurante —explicó mi representante diplomático en Beirut—. Un dólar y diez centavos de factura, y noventa centavos de propina. El señor Saxon es generoso, como verá. Yo me limito a pagar lo que él señaló. Los otros ocho dólares, son la multa por haberse negado a pagar en un local público, y requerirse la presencia de la autoridad. ¿Conforme en todo, oficial?

—Conforme, señor. Y gracias, en nombre de la empresa y camarero del restaurante. Lamento que las cosas hayan ocurrido así.

—Yo también —suspiró el embajador, inclinando la cabeza—. Hubiera sido preferible que nuestro ciudadano, el señor Saxon, hubiese tenido dinero encima. Pero un robo inoportuno le dejó indocumentado y sin fondos...

—Un robo... —Pestañeó el oficial—. ¿Por qué no lo denunció previamente?

—Porque tenía hambre, oficial. Y el hombre que tiene hambre no piensa demasiado las cosas... buenos días, oficial, y disculpe todas las molestas.

—Disculpe usted, señor —saludó militarmente el policía libanés—. Siempre a su disposición...

Salió de la estancia, con paso castrense. El embajador sonrió, sacudiendo la cabeza, y se volvió a mí, contemplándome con aire de reproche. Luego, manifestó con cierta sequedad:

—Usted nos metió en un buen lío con la Policía local, Saxon. Otra vez, avise antes a la Embajada, y almuerce después.

—Si se pudiera pensar eso cuando se llevan dos días sin comer... —suspiré.

—Dos días... —arrugó el ceño, contemplándome—. Bien, Saxon, ya vio que le saqué del apuro, mencionando un imaginario robo de documentos y dinero. Pero usted no me he dicho realmente que se lo robasen todo.

—No, señor. Nunca dije eso.

—Sin embargo, está indocumentado, no lleva dinero... Pero asegura ser americano. Y lo malo es que parece serlo, además.

—Lo malo, señor, es que lo soy —sonreí—. Nacido en Milwaukee. Ciudadano americano por los cuatro costados. Me eduqué en Nueva York y Washington, D C.

—Clifford Saxon, ciudadano americano —resopló él—. ¿Qué hace en el Líbano, sin documentación ni dinero? ¿Qué le sucedió realmente?

—Eso me gustaría saberlo también a mí, señor —sonreí, risueño.

—¿Cómo? —Abrió mucho sus claros, azules y duros ojos—. ¿Quiere decirme que usted... no sabe cómo se quedó sin dinero ni documentos, Saxon?

—Quiero decir que no sé cómo sucedió eso, ni siquiera el que yo

llegase al Líbano, señor —añadí, con una ingenuidad inefable.

Su resoplido casi hizo temblar la gran araña de cristal de la suntuosa residencia diplomática U. S. A, en Beirut. No pude reprochárselo, después de todo.

—Saxon, eso suena a un disparate —argumentó—. Un puro disparate.

—Me alegra que esté de acuerdo conmigo —asentí—. Es un disparate. Pero me está ocurriendo a mí.

—A usted... —Me estudió, con creciente desconfianza—. Saxon, empiezo a creer que es un solemne embustero, un farsante, un... Oh, no sé qué decirle que lo califique. Usted no puede estar en el Líbano sin saber por qué. Ni puede ignorar lo que pasó con sus papeles, con su dinero.

—Sin embargo, ése es, exactamente, mi caso.

—Pero usted... usted no puede haber despertado aquí, de repente, como el que viaja en una alfombra mágica durante sus sueños.

—Dicen que Oriente es tierra de imposibles. Tal vez fue eso lo que ocurrió.

—Saxon, estoy teniendo demasiada paciencia con usted —se exasperó el embajador—. ¿Quiere decirme de una vez, y ante todo, quién es exactamente usted, aparte llamarse Clifford Saxon y haber nacido en Milwaukee?

Le miré, pensativo. Después de todo, tenía que decírselo. El representaba a mi país en aquel lugar del mundo, y era el único que podía ayudarme.

Así que se lo dije con sencillez:

—Mi nombre es Clifford Saxon realmente, señor. Soy funcionario del Gobierno de los Estados Unidos. Agente especial de la Oficina Federal de Investigación, Washington, D. C...

II

CLIFFORD Saxon. Sí, ciertamente. Agente federal Clifford Saxon. Aquí está.

Y el funcionario de la Oficina Federal de Investigación mostró a todos la ficha del agente mencionado.

—De modo que era cierto... —comentó el funcionario del Gobierno, sorprendido—. Nuestro embajador en Beirut no fue víctima de una burla ni de un engaño...

—Parece que no, si es que éste es el hombre —confirmó un miembro del F. B.I—. Y eso vamos a comprobarlo en seguida. ¿Dónde está el hombre de Beirut?

—Lo tenemos en observación en las oficinas de Inmigración, en espera de resolver el caso.

—Perfectamente. Obtengan sus huellas dactilares, así como varias fotografías, para compagnarlas con las que obran en nuestro poder. Si todo ello se confirma, sabremos a ciencia cierta a qué atenernos. Si no, será cuestión de vigilar muy estrechamente a ese hombre, y saber qué intenciones tiene realmente, al fingirse agente federal, y conocer, además, la identidad de uno de nuestros hombres que, por cierto, se halla ahora fuera del país, en misión especial secreta, según consta aquí.

—¿Dice ahí el lugar donde él se halla en esa misión? —se interesó el funcionario del Gobierno.

—No, ésta es simplemente una ficha orientadora de nuestro personal, para casos vulgares. Las fichas especiales se hallan en el Departamento de Identificación y Personal, con todos los datos, pero esas fichas solamente las consulta el director del citado departamento y el encargado de manipularlas, por ser materia total y absolutamente reservada.

—Comprendo. Bien, daré las órdenes oportunas para que el hombre a quien tenemos en Inmigración sea identificado mediante huellas y fotografías. En poco tiempo tendremos todo eso a punto, y podrá usted trabajar en ello, apenas lo reciba.

—Conforme. Espero que, realmente, ese hombre sea quien dice.

—Yo también. De otro modo, esto se complicaría demasiado —suspiró el empleado del Gobierno.

—Afortunadamente, no se complicó demasiado.

—No, no demasiado —sonrió el federal—. Es nuestro hombre. El mismo, sin lugar a dudas.

Y se quedaron mirándose fijamente, con cierta curiosidad pero también con alivio. La conversación anterior, habida entre un funcionario del Gobierno y otro del Departamento de Justicia, me había sido transcrita cuando confirmaron mi identidad, y así la he podido referir yo, en tercera persona, como si hubiera estado en ella. Pero lo cierto es que en aquellos momentos me hallaba yo en Inmigración, tras ser enviado a los Estados Unidos, en espera de que alguien se ocupara de mí y comprobase que yo no era ningún embustero.

Observé que ordenaba cuidadosamente mis huellas, mis fotografías y cuántos datos habían requerido de mí, tras las comprobaciones llevadas a cabo.

Sonreí, haciendo una pregunta:

—¿Están ya satisfechos, caballeros?

Me miraron con ansiedad. Uno afirmó, risueño. El otro se encogió de hombros.

—No sabemos qué pensar aún, Saxon —confesó este último—. La forma que ha tenido usted de aparecer no es precisamente para volver loco de entusiasmo a nadie. ¿Qué mil diablos hacía en el Líbano, sin documentos y sin identificación, sin dinero y sin motivo alguno para andar por allí?

—Ya les dije que me gustaría saberlo a mí también —admití.

—Eso no tiene el menor sentido, Saxon. Es más, resulta ridículo —se exasperó el funcionario de mi Departamento—. Cielos, ¿qué es lo que ocurre exactamente, para que usted nos hable así? ¿Qué le sucedió? ¿Fue atacado, robado, perdió sus pertenencias, o qué mil diablos fue lo ocurrido?

Elegí cuidadosamente las palabras. Sabía que no era nada fácil

exponer las cosas tal como eran. Con eso, no iba a lograr sino despertar mayores recelos en todos ellos.

—Lo cierto es que no llevaba nada encima, y precisaba comer algo. Se me ocurrió dejarlo a deber, entre otras cosas porque no había ningún remedio más inmediato de calmar mi apetito, y en segundo lugar porque era la forma más directa de hacer intervenir a la Policía local, para que me pusiera en contacto con ustedes, de un modo u otro.

—Pudo ir a Beirut, directamente a la Embajada.

—Pude haber ido, sí —confesé abruptamente—. Pero antes tenía que llegar a Beirut. Distaba unas cuantas millas, el camino era duro, hacía calor, tenía hambre... ¿Quién puede hacer las cosas de otro modo en tales circunstancias, caballeros?

—Él tiene razón —convino mi superior federal—. Era la forma más práctica de llegar a algún sitio concreto. Después de todo, el restaurante cobró su dinero, y usted pagó su multa. Le será descontado del sueldo, o bien se aplicará a gastos generales, no lo sé aún.

—Eso tiene poca importancia —reí suavemente—. Lo importante es que ya estoy aquí, en Washington.

—Cierto, Saxon. Y por cierto que el inspector-jefe quiere verle inmediatamente, una vez confirmada su identidad. Tiene que referirle usted, por lo visto, una larga historia.

—¿Una larga historia? —arrugué el ceño, pensativo.

—Ya me entiende. Lleva tiempo fuera de los Estados Unidos. Exactamente tres meses... Salió para una misión concreta, y vuelve sin dinero, sin documentos y hecho un paria. La historia será interesante, no hay duda.

—Tres meses... —suspiré, afirmando—. Sí, ha de ser una larga historia, no hay duda.

—Pues venga conmigo. El inspector-jefe aguarda. Y a él no le gusta mucho esperar.

—Sí, ya sé. Al inspector Riordan nunca le gustó esperar...

Y seguí a mi superior, en dirección a la División correspondiente.

Steve Riordan, inspector-jefe de la División de Narcóticos.

Ya lo tenía ante mí, como otras veces. Estrechó caluroso mi mano, me contempló con energía y también con astucia indudable,

que hacía brillar sus pupilas oscuras, allá muy al fondo.

—Hola, Saxon —saludó, cortés.

—Hola, señor —respondí—. Me alegro de verle nuevamente.

—Y yo a usted. Por todos los diablos, Saxon, tengo que alegrarme. No sabíamos nada de usted desde hace meses. ¿Cree que eso puede ser satisfactorio? Es como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Lo comprendo, señor.

—¿Qué demonios va usted a comprender? —Se irritó Riordan, agitando sus fuertes manos, sin soltar el cigarro de sus labios, pese a su modo de hablar, excitado y rápido—. Todo el Departamento Federal pendiente de sus noticias, todo el

F. B. I.,

inmovilizado por su culpa. Toda la División, esperando a que el agente especial Saxon, delegado al extranjero, diese señales de vida, hablase algo, nos informara, nos enviase un mensaje. ¿Qué es lo que le pasó, muchacho?

—Señor, es una larga historia —dije, algo cohibido por aquel ametrallamiento verbal, realmente implacable.

—Sin duda tiene que serlo, Saxon. De otro modo, resultaría incomprensible recuperarlo a usted ahora... y en esas condiciones. ¿Es cierto que le hallaron porque se tuvo que meter en un restaurante de Beirut a comer sin pagar?

—Si aquello se puede llamar restaurante..., pues sí —sonreí, con cierto cinismo que maldita la gracia que le hizo.

—¿Y es cierto que no llevaba usted encima un solo dólar, un solo documento, un equipaje, una valija, ni una ropa decente, sino una camisa sucia, un pantalón gastado y una chaqueta vulgar?

—Bien cierto, señor. Además de unos calcetines muy viejos y unos zapatos que se sostenían bien de puro milagro.

—Veamos si yo lo entiendo bien todo esto —masculló, pasándose una mano por la frente—. Usted se llevó hace tres meses, dinero en metálico, «travellers cheks» y un talonario de cuentas corrientes. Entre todo, una cantidad exacta de dos mil quinientos dólares.

—En efecto, señor.

—En diversos puntos de su recorrido, encontraría a personas que le suministrarían fondos, en caso necesario, como así sucedió en el

primer mes, en Europa y Oriente Medio, por valor de otros dos mil dólares. ¿Correcto?

—Correcto, señor.

—Y usted, de repente, desaparece los dos meses siguientes, y cuando reaparece, lo hace con las manos vacías, sin dinero, sin documentos y sin ropas decentes. ¿Eso tiene algún sentido, Saxon?

—Ninguno, señor —convine humildemente.

—Vaya, menos mal que lo admite —musitó con mal humor mi jefe. Sacudió la cabeza, y la ceniza del habano cayó, dispersándose sobre su americana, lo que aún le puso más malhumorado. Sacudió el gris polvillo, me miró de hito en hito, y luego replicó, con voz sorda—: Bien, Saxon. Vamos a hablar usted y yo ampliamente ahora. ¿Verdad que va a referirme codo lo sucedido? ¿Verdad que va a ser sincero de una vez por todas, y va a sacarme totalmente de dudas, explicando en qué consistió su tarea durante estos meses, y por qué ha vuelto de ese modo a los Estados Unidos?

Le miré. Larga, fijamente. Él, por supuesto, esperaba una afirmación rotunda y apresurada de mí. Lo malo es que no podía dársela.

—Bien, señor, yo... —Elegí mentalmente las palabras menos duras, las que menos pudiesen exaltarle. Creí hallarlas, y las solté tranquilamente—: Yo no voy a contarle nada de nada...

Esta vez no fue la ceniza, sino el propio cigarro el que cayó de sus labios, repentinamente abiertos, asombrado su gesto, incrédula su mirada fija en mí.

—¿Cómo ha dicho? —balbució.

—Lo que ha oído, señor. Lo lamento de veras... Pero no le contaré nada.

—Pero, pero... ¿es que se ha vuelto loco? —aulló.

—Espero que no, inspector Riordan —dije gravemente.

—Entonces... entonces... ¿por qué dice eso? ¿Por qué no va a contarme a mí nada de lo sucedido?

Respiré hondo. Y dije lo demás:

—Porque no lo sé, señor.

—No lo sabe. No sabe nada de nada, ¿se da cuenta?

El doctor Vaughan, del Departamento Federal de Sanidad, asintió lentamente con la cabeza. Luego, me miró gravemente.

—Sí, me doy perfecta cuenta —dijo.

Y siguió examinándome Primero las pupilas, luego las pulsaciones, después me tocó las sienes, la nuca... Finalmente, examinó el resultado del electroencefalograma que me habían hecho poco antes.

—Bien, doctor —habló Riordan, impaciente—. ¿Qué hay?

—No lo sé aún, señor —confesó el médico psiquiatra de nuestro Organismo.

—No lo sabe... —La irritación de Riordan iba en aumento por instantes. Luego, hizo un gesto de resignación—. Bien, espero que llegue alguna vez a saberlo realmente...

—Para eso estoy trabajando señor —el tono de Vaughan fue algo seco.

Riordan paseó impaciente. Yo me mantenía sereno. Quizá era el personaje más tranquilo de la reunión pese a ser yo el protagonista, el héroe central de aquella extraña situación.

—Doctor, me gustaría que también fuera sincero conmigo —dije al fin, con un suspiro—. Es mejor saber a qué atenerse.

—Sí, se lo diré cuando esté completamente seguro.

—¿No lo está ya?

—Empiezo a estarlo —admitió con tono grave—. Pero prefiero confirmarlo todo antes de aventurar una teoría.

Siguió un prolongado silencio. Me hizo algunas pruebas más. Luego, el doctor Vaughan tomó unos apuntes, meneó la cabeza de un lado a otro y terminó alzándola, para mirar al inspector Riordan.

—Señor, creo que necesita tratamiento. Un largo tratamiento, en realidad.

Riordan se quedó de una pieza. Yo, también. Mi jefe enarcó las cejas, puso una expresión dramática y farfulló:

—Largo tratamiento... ¿Por qué doctor?

—Es absolutamente preciso. Tenemos que convertirle en una persona normal.

—¿Normal? —Ahora fui yo quien pegó un respingo—. ¿Quiere eso decir que estoy... loco?

—No, no es eso —rió Vaughan de buen grado—. Pero no está normal, eso puede advertirlo usted mismo.

—Sí, por supuesto —terció Riordan, malhumorado aún—. No está normal. Pero... ¿qué es lo que tiene realmente? ¿Amnesia?

—Evidentemente, eso forma parte del caso. Hay una amnesia,

pero sumamente curiosa. No ha olvidado nada de su vida. Ni siquiera quién es, lo que hacía, su vida anterior... No, no es exactamente amnesia. De otro modo, olvidaría todo, diversas cosas del pasado, del presente, de instantes más o menos lejanos de su vida. ¿Verdad que ése no es su caso, Saxon?

—No, ciertamente no —admití—. Lo recuerdo todo muy bien. No hay ningún punto de mi vida que haya olvidado o permanezca borroso para mí. Desde que tengo uso de razón, todo está en mi recuerdo por completo. Como cualquier persona. Solamente...

—Solamente ha olvidado estos dos meses, ¿no es cierto? —sonrió el doctor Vaughan.

—Exacto. Dos meses solamente. Los últimos.

—¿Ve, Inspector? —Vaughan se volvió a mi jefe—. El recuerda todo, salvo ese período de tiempo.

—¿Y eso qué significa? Que me ahorquen si no es amnesia...

—Bueno, digamos que es un fenómeno de tipo amnésico, por supuesto. Cuando se olvida algo, la amnesia se ha producido. Pero ¿por qué justamente estos dos meses y nada más?

—Resumiendo, doctor. Usted supone algo. ¿Qué es ello?

Me miró. Y dijo, con una simplicidad terrible:

—Pues, para mí..., le han lavado el cerebro.

III

LAVADO de cerebro.

Era increíble. Como en los relatos periodísticos sobre ciertos países del mundo donde se llevan tales cosas a la práctica, o al menos así tratan de hacerlo creer los corresponsales de los diarios y revistas. Nunca estuve seguro de que eso del «lavado de cerebro» no fuese una vulgar influencia sobre la voluntad de alguien, para hacerle decir cosas que no eran verdad. Si es solamente eso, hay que reconocer que en muchos sitios del mundo «lavan el cerebro».

Pero esto era diferente. Esto parecía real. Era como si, por primera vez, conociese un caso auténtico de esa clase de alucinante lavado. Y tenía que ser yo la víctima. Precisamente yo...

Sacudí la cabeza, con desgana. Cada vez que pensaba en ello me ocurría igual. No lograba creerlo siquiera.

Pero algo tenía que haberme ocurrido, para que las cosas fueran así. Algo sucedió en esos dos meses. Algo increíble, ciertamente. Pero algo...

¿Qué pudo ser?

Maldito si lo sabía. Maldito si sabía nada de nada...

—¿Cuál es su último recuerdo anterior? —Me habían preguntado.

Y yo lo había dicho:

—Un viaje... Un viaje al Irak... Unos ojos verdes, no sé por qué... Y el avión en vuelo, ya sobré el Irak...

—¿Y el primer recuerdo consciente posterior, cuando ha vuelto a recordar las cosas normalmente?

—El Líbano... Las ruinas de Baalbek... Un «jeep» ronroneando su motor, sin gasolina... Y el viaje a pie, forzado, hacia Beirut...

Eso era todo. Me lo preguntó Riordan, me lo preguntó Vaughan,

me lo preguntaba todo el mundo. Y a todo el mundo le decía lo mismo. No podía decir otra cosa. Eran mi último y mi primer recuerdo.

En medio, un paréntesis, un vacío, un espacio en blanco.

Extraña amnesia. Ni siquiera se le podía llamar así, puesto que mi cerebro funciona claramente, con lucidez, con perfecto ritmo evocador, con memoria excelente. Me ejercitaba yo mismo, tratando de recordar cosas muy lejanas, y el éxito me acompañaba siempre.

Pero intentaba recordar algo después del avión hacia el Irak, después del ramalazo extraño de unos ojos verdes que me miraban, unos ojos verdes sin rostro, entre brumas..., y fracasaba.

No había más. El Irak, Bagdad bajo el avión, sol. Calor, el ruido de los reactores del «jet» de las Líneas Aéreas Iraquíes, saliendo de El Cairo... y los ojos verdes.

Luego, me dolía la cabeza. Martilleaban mis sienes, quizá doloridas por el esfuerzo mental, perfectamente inútil por otra parte.

Y todo terminaba, para empezar en las famosas ruinas turísticas del Líbano, en las tumbas y ruinas esplendorosas de Baalbek, recuerdo de los tiempos romanos. Con un «jeep» de matrícula libanesa, con un depósito vacío de gasolina. Y con aquellas ropas mías, desconocidas para mí. Y sin nada en mis bolsillos, ni documentos ni dinero.

Era asombroso, sin embargo, que recordara nítidamente todo en el momento de volver a la normal consciencia en Baalbek.

Ni por un momento dudé de mi identidad. Supe quién era, supe todo sobre mí, menos la razón de mi estancia en Baalbek, lugar que reconocí porque, afortunadamente, no era la primera vez que me hallaba en él, aunque esta vez no fuese haciendo turismo precisamente...

Y ese espacio en blanco, esa ausencia de recuerdos, ese margen vacío de mi cabeza, no era una amnesia, a juicio del doctor Vaughan. Era... un lavado de cerebro.

Posiblemente tenía razón. Posiblemente era la explicación de todo.

Pero... ¿por qué?

—¿Por qué?... ¿Por qué?...

La pregunta no tuvo respuesta. No de momento.

El doctor Vaughan me miró pensativo en principio. Luego, se encogió de hombros y continuó el examen. Le oí comentar, como si se refiriese a otra persona, no a algo que me afectara directamente a mí:

—Si pudiera yo responderle, Saxon, lo haría gustoso. Pero sé tanto como pueda saber usted. Mi misión no es saber por qué, sino cómo.

—Bien, doctor. Entonces... ¿cómo?

Vaughan me miró. Luego, inició una mueca que, en cierto modo, podía interpretarse como una sonrisa. Pero sólo en cierto modo, desde luego.

—Le dije que era mi misión, no que la hubiera cumplido ya —puntualizó, irónico.

Incluso yo me eché a reír, aunque el asunto no era para tomarlo a broma.

—Perdone —dije—. Ya sé que no es el mago Merlín. Me sentiría mucho mejor si lo fuese, desde luego.

—Creo que, a pesar de todo, le hace falta más como médico que un mago —comentó Vaughan, con buen sentido del humor. Y me tocó la cabeza, significativamente—. La explicación de todo ha de estar forzosamente aquí.

—Aquí... —Me rocé las sienes con los dedos—. Sí, pero ¿dónde?

—Posiblemente en algún rincón perdido de su cerebro. Acaso en el mismo subconsciente, en el fondo de él. Durmiendo, replegándose el recuerdo en sí mismo...

—El subconsciente... —arrugué el ceño—. Eso me suena a psicoanálisis y todo eso.

—¿Psicoanálisis? —El doctor Vaughan soltó una suave carcajada—. No, no creo demasiado en el sistema. Puede dar resultado, pero solamente en casos muy concretos. El suyo no lo es, Saxon.

—De modo que no tengo ni esa esperanza...

—Pues me temo que no, desde luego. No es el suyo un típico caso de amnesia, porque incluso en la amnesia parcial se acostumbran a olvidar cosas fragmentadas o bien un solo suceso, un hecho de nuestra vida, no un período de tiempo competo y bien definido.

—De cualquier modo que sea, yo quiero recordar —dije—. Quiero saber lo que hice en ese tiempo. Puede ser importante o puede no tener el menor significado, pero quiero saberlo. De otro modo, ¿cuál sería mi vida, doctor Vaughan? La de un hombre que dejó de vivir dos meses enteros. Un hombre que, tal vez, fue en esas fechas completamente distinto a lo que debió ser...

—Saxon, debe quitarse obsesiones de la cabeza. Comprenda que no hay motivo para creer que eso sea así. Realmente, pienso que fue como siempre es, pero que por alguna oculta razón se le hizo a usted ese «lavado de cerebro», para obligarle a olvidar cosas que no debía recordar. El procedimiento ha tenido éxito, y no sabemos aún cómo se llevó a cabo. Estamos estudiando sus electroencefalogramas, sus radiografías y absolutamente todo lo que pueda servirnos de guía. Hasta ahora, no ha habido la menor huella de cirugía, afortunadamente.

—¿Cirugía? —Me estremecí.

—Existen indicios para suponer que ciertos países utilizan la cirugía cerebral para anular o destruir ciertos centros nerviosos, o bien para neutralizar partes de la memoria, aunque es de momento, y en forma oficial pura teoría el logro de tales procedimientos, ya que uno de los mayores enigmas del hombre sigue siendo, hoy en día, su cerebro, con más regiones inexploradas, en proporción, que todas las zonas del mundo no alcanzadas por el hombre. Al principio, temí que ese sistema hubiera servido para bloquear cierto punto de su memoria, Saxon, pero no creo que haya sido así. Su cabeza no ofrece la menor huella de bisturí.

—Supongo que eso debe ser algo así como un consuelo para mí, ¿no es cierto?

—En parte, sí. Una labor quirúrgica en una mente humana, por un experto capaz de hacer tal cosa con éxito, sería prácticamente irreparable, ya que nada sabemos apenas sobre tal materia, y sería muy arriesgado lanzarse a hacer experimentos. Se modo que hay que pensar en los métodos habituales.

—¿Y cuáles son los «métodos habituales»?

—Diversos y complicados. Pueden ser de tipo psicológico, de tipo hipnótico, a base de drogas, de tratamiento especial en centros preparados para ello, donde el paciente entra normal y, sin él mismo advertirlo, sale cambiado, olvidando incluso todas las

sesiones y desarrollo del sistema hasta el final resultado.

—¿Y tienen curación?

—A veces sí, a veces no. —Vaughan me miró, serio—. Quiero serle sincero, Saxon. Podría ocurrir que usted nunca volviera a recordar ese período de tiempo. Pero también puede suceder que, súbitamente, por cualquier procedimiento habitual, vuelva usted a ser el mismo de siempre, y su estado en blanco se abra al recuerdo. De cualquier nodo, vamos a intentarlo todo. Sólo tendrá que tener paciencia.

—Paciencia... —suspiré—. ¿La tendrán mis superiores?

—No tienen otro remedio que tenerla, Saxon.

—Hace tres meses que me designaron para una misión en Oriente Medio, relacionada con narcóticos. Por ello aplacé mi boda y partí hacia allá. Ahora, regreso sin saber qué ha ocurrido, cómo quedó el caso de los narcóticos, y qué pensaría mi prometida de todo esto. Ella aún ignora incluso que yo estoy aquí, encerrado, sometido a examen. El

F. B. I.,

no le ha comunicado oficialmente mi regreso al país.

—Ellos prefieren esperar a ver si se recupera usted, para proceder a avisar a su prometida. Me lo ha dicho el inspector Riordan, y yo estuve de acuerdo con él.

—Eso puede tardar años, doctor. Y yo necesito ver a Doris.

—Doris le verá pronto, y usted a ella. Si en este período de una semana no hemos logrado nada positivo, se le dará de alta, y podrá reanudar su vida normal. Sólo tendrá que seguir un tratamiento, y venir con cierta regularidad a exámenes especiales, para ver de ir tanteando su mente, buscando en ese rincón de su subconsciente donde puede estar la clave de la verdad, todo lo que ahora se resiste a ser evocado de forma espontánea y natural. Haremos un intento con el penthotal sódico, si usted accede a ello.

—El suero de la verdad... Bien, claro que accedo. Lo importante es recordar... Si yo les cito lo que no recuerdo de forma consciente, pueden ustedes luego repetírmelo, y tal vez así llegue a recordar yo mismo.

—En teoría, sí es posible. E incluso sencillo —suspiró Vaughan, con aire de muchas dudas—. Pero en la práctica no todo es tan simple como pueda parecerle. Hay procedimientos de «lavado

cerebral» muy complejos, en los que incluso el suero de la verdad fracasa.

—Buenos ánimos me da... —me quejé amargamente.

—Por el contrario, Saxon, no pretendo animarle en absoluto. Es mejor así. Los problemas psíquicos deben encararse crudamente, con sinceridad. No se puede alimentar la esperanza del paciente, para luego fracasar. La desmoralización que eso provoca, habitualmente retrae más aún el elemento subconsciente, que se repliega ya de forma casi hermética sobre el recuerdo que pretende ocultar a la parte consciente de nuestro cerebro.

—Creí que era el subconsciente el que hablaba bajo los efectos del penthotal sódico...

—Y así es. Pero el subconsciente siempre se mantiene en guardia, y lucha cuanto puede por evitar la incursión en su terreno. Eso lo saben los creadores de los famosos y nada definidos «lavados de cerebro», que habitualmente no son policías ni miembros de seguridad, sino científicos. Sobre la base de la acción de la Ciencia en el cerebro a manipular, luego los policías especializados completan la obra. En realidad, el término «lavado» es tosco e inadecuado, pero se aceptó como bueno por todos, y ha prosperado. Más que eso, yo lo definiría como «adaptación» o «reforma» de la mente y de sus recuerdos e impresiones. Y para una labor así, se requiere intervención científica de primer orden, los neurólogos encargados de tal misión, no olvidarían algo tan simple y elemental como es el recurso del «suero de la verdad» para combatir la obra realizada en la mente del sujeto.

—De modo que hay pocas esperanzas en mi caso...

—No he dicho eso, por la sencilla razón de que su caso aún no está aclarado, ni mucho menos. He estudiado las cuestiones de «lavado de cerebro» en el régimen nazi, en la Rusia de Stalin, en China e incluso en algunos países centroeuropeos de sistema dictatorial. No todos trabajan igual. Podríamos decir que, a lo largo de mis investigaciones en la materia, japoneses y chinos han sido los más hábiles y de más complicada técnica. Me refiero, naturalmente, al Japón de Tojo, en la Segunda Guerra Mundial, y a la China actual, pero más que a la propia China, a ciertos centros de experimentación de Corea del Norte, que incluso llegaron a producir traidores en norteamericanos que antes eran patriotas,

honestos y rectos. La mente oriental, Saxon, es temible cuando se dedica a cultivar una rama perversa de cualquier ciencia.

—Oriental... —Me encogí de hombros—. No creo haber ido a China ni a Corea durante esos dos meses de vacío.

—Dos meses son mucho tiempo, y más con los sistemas actuales de transporte —rió Vaughan, divertido—. Incluso pudo haber estado en un planeta y haber regresado, sin usted saberlo.

—Oh, seguro —mascullé malhumorado—. Algún enano verde me llevó en su platillo volante, para hacer de mí un invasor de su galaxia...

Y nos reímos los dos, porque en realidad valía más tomarlo a broma, ante lo inevitable de los acontecimientos.

En mi interior, inevitablemente, pensaba en muchas cosas. En mi amnesia parcial o como quisieran llamarlo; en Doris; en el caso de estupefacientes que me llevó a Oriente Medio...

—Los estupefacientes... No tiene que preocuparse ya de eso, Saxon.

—¿No? ¿Por qué, señor?

—Quedó ya resuelto, aunque tuvimos que enviar a otro agente —sonrió Riordan, casi amable y todo. Lo señaló—. Aquí tiene al hombre que resolvió su caso, cuando usted se nos eclipsó. Es Mark Foster, de Narcóticos también. En cooperación con el agente británico Dave Briggs, de Interpol, cerró el caso hace más de un mes.

Saludé a Foster. Conocía a Mark, pero sólo superficialmente. Me alegró que hubiera sido él quien resolviera el caso. Parecía un buen muchacho, y además era inteligente.

—Alguien tenía que terminar el asunto, Cliff, cuando tú faltaste —dijo Mark con honestidad—. El jefe me lo encargó a mí. Tus datos, emitidos desde Haifa y desde Jerusalén, me ayudaron mucho, la verdad. En realidad, no hice sino trabajar sobre la base de tus investigaciones previas, Cliff.

—¿De veras? —Tuve un pestañeo de asombro—. ¿Y eso te sirvió de algo en realidad?

—Casi de todo. La dama que conociste en el hotel David, de Tel-Aviv, me condujo a la pista esperada. Aquel armenio, Duroyan, estaba

asociado en realidad con los dos miembros de Propaganda Semita de Haifa y con el comerciante Harim, de Jerusalén. Era el principio de la cadena que me llevó al Irak.

—Irak... —comenté, pensativo—. Es el último lugar de mis recuerdos Foster. Volaba sobre Bagdad, estoy seguro de eso. Ahí termina virtualmente todo para mi pobre cerebro.

—Pues en Irak hallé la clave. Ibas allí, según tu último mensaje desde El Cairo, en pos de la pista de la dama de Tel-Aviv.

—La dama de
Tel-Aviv...

¿Te refieres a Judith Shariff?

—La misma, sí. La muchacha de ojos negros y el cuerpo escultural —silbó entre dientes Foster—. ¡Cielos, qué chica, si no hubiera sido ella una de las dirigentes del asunto de las drogas! Su enorme belleza no le servirá de nada en el lugar adonde Interpol la envió...

—Ojos negros... —medité—. Sí, no eran sus ojos los que recuerdo...

—El doctor Vaughan habló de ojos verdes, Saxon —recordó el inspector Riordan—. Usted vio unos ojos verdes, en los límites de su neblina mental, pero ¿cuáles y de qué persona? ¿Por qué los recuerda, como algo situado en la frontera misma de lo que desconoce?

—No lo sé. He pensado en ello con frecuencia durante esta semana de internamiento en la clínica psiquiátrica del doctor Vaughan. He llegado a la conclusión de que, tal vez, fui hipnotizado.

—¿Hipnotizado? —se sorprendió Foster—. ¿Por quién?

—Por alguien que tenía ojos verdes —suspiré—. ¿Hombre o mujer? No sé. Pero instintivamente pienso en una mujer.

—Los ojos de ese color hacen evocar a una mujer, sobre todo si el que lo piensa es un hombre —rió de buena gana Riordan—. Pero eso no quiere decir nada. Pudieron ser los ojos de un hombre, ¿no es cierto?

—Por supuesto, señor —acepté—. No puedo estar seguro de nada. Pero yo iba al Irak en pos de un asunto de drogas muy importante. Siempre pensé que el caso seguía sin resolver, y sus

responsables eran autores de mi... «lavado de cerebro» o lo que ello sea. Ahora, no puedo estar tan seguro, si tú resolviste el caso, Foster.

—Ciertamente, no puede ser nada relacionado con el asunto. Se cerró ya.

—¿Definitivamente y sin lugar a dudas?

—Definitivamente y sin lugar a dudas —asintió él—. El inspector Riordan te ampliará los detalles si quieres. Comprobarás por ellos que, ciertamente, el asunto se zanjó definitivamente. Cayeron todos los cómplices, tanto en Israel como en Egipto, Jerusalén y Bagdad. Judith Shariff tenía un amante en Bagdad, y éste poseía un hotel, el «Mesopotamia», en el centro de la capital iraquí. Los últimos enlaces se hallaban en un mercado de Basora, en un almacén de alfombras y productos del país para turistas. Hubo disparos, la Policía iraquí intervino, y liquidamos el asunto de modo total. Murieron algunos miembros en la lucha, pero Judith fue capturada viva, lo mismo que el gerente del hotel de Bagdad y el comerciante de «*souvenirs*» de Basora. Otros enlaces europeos y los distribuidores en nuestro país, cayeron en la red también. La organización está liquidada, de modo que no tendría objeto pensar que ellos hicieron algo contra ti.

—Entonces..., ¿qué ocurrió en esos meses? —me exasperé—. Tuvo que ser algo muy trascendental para... para ocurrir lo que ha ocurrido. Si no llegué a localizar a los traficantes de drogas, ¿por qué sucedió todo eso?

—Forma parte de su misterio, Saxon —sonrió Riordan encogiéndose de hombros—. No debe torturarse más. Cuando recuerde, todo se aclarará, sin duda alguna.

—Cuando recuerda... ¿Recordaré realmente alguna vez?

—Por supuesto que sí. Y no creo que tarde mucho. Terminará por desbloquear su zona invadida de memoria, y será el de antes, Saxon.

—Inspector, yo sé que seguía la pista de Judith Shariff, la dama de Tel-Aviv.

Sé también que en Bagdad tenía que encontrarse ella con alguien, tras su rápida visita a El Cairo. Y por eso iba tras de sus huellas. En el hotel Arabia, de Bagdad, tenía que encontrarse con su cómplice

en Irak y diversos países árabes. Yo estaba seguro de descubrir allí la totalidad de la telaraña de la organización, desarticulándola. Y, de repente..., ocurre lo que ocurrió. De repente, todo deja de existir para mí en el recuerdo, hasta volver a ser yo mismo en el Líbano, cerca de Beirut, entre las ruinas de Baalbek.

—Sí, ése es el caso —convino Riordan gravemente—. No me explico lo que pudo suceder a bordo de ese avión. ¿Llegó usted a estar en el aeropuerto de Bagdad, de forma consciente?

—No lo sé —suspiré—. Mis recuerdos mueren a bordo del reactor. Todo lo que sé es que, tal vez, me adormilé o cosa parecida. Pero no podría jurarlo tampoco. Tengo una borrosa idea de que estaba mirando por las ventanillas, de que veía Bagdad allá abajo, de que volábamos sobre la capital iraquí. Eso..., y los ojos verdes, que no logro asociar con nada ni con nadie. Y luego... nada. Absolutamente nada en mi memoria, inspector Riordan. Es como si le hubieran dado un tijeretazo a la película de mis recuerdos, empalmándola luego con un fragmento muy posterior, que en nada se relaciona con el anterior. Una serie de metraje desapareció en la operación. ¿Dónde está? ¿Por qué lo quitaron?

—No lo entiendo yo tampoco, Cliff —admitió Foster—. Arresté al armenio Duroyan exactamente en el «Arabian Hotel» de Bagdad. Y, ciertamente, ni él ni los demás han admitido saber nada de ti ni de tu paradero. En todos los interrogatorios llevados a cabo, no hubo una sola contradicción. De modo que no parece factible que nos mintieran. La dama de Tel-Aviv

te conocía, pero eso era todo. Juró y perjuró que no había vuelto a verte desde Haifa, aunque sospechaba que la habías seguido hasta El Cairo. Ella insiste en que, después, desapareciste.

—Cielos... —suspiré—. Es como una pesadilla. No entiendo nada.

—Ni falta que hace, por el momento —concluyó Riordan, casi con severidad, acercándose y palmeando mi hombro con energía—. No debe sufrir preocupaciones demasiado intensas, o su curación será más difícil aún. El doctor Vaughan ha dicho que trate por todos los medios de no pensar en eso.

—No pensar... —me quejé, meneando la cabeza de un lado a otro—. ¿Existe un medio para no pensar en ello, inspector?

—Claro que existe. Un medio ideal para usted, Saxon.

—¿Cuál, señor?

—Doris Prentice, su prometida...

—Doris... —susurré, pensativo, ilusionado, incluso esperanzado profundamente en el fondo de mi ser—. Doris...

IV

DORIS.

Era como la mejor de las medicinas. Como la mayor y más maravillosa de todas las esperanzas.

—Doris...

Pronuncié su nombre casi con unción, fervorosamente, lleno de fe en su mágico influjo para mí, para mi actual estado, para mi futuro, tan concreto y tan oscuro, después del inexplicable suceso que ensombrecía mi vida y ponía en mi mente, en mis recuerdos, en mi consciencia, una masa de niebla profunda, espesa, que en modo alguno lograba penetrar.

Clínicamente, mi caso no parecía tener explicación clara. Ni amnesia, ni enfermedad mental, ni nada. Sólo un espacio en blanco, un fenómeno que explicaban con un término inconcreto y casi fantástico, con una frase digna de un mundo de tenebrosos espías, aunque yo jamás había practicado el espionaje, por muy policía federal que fuese: lavado de cerebro...

—Cliff, mi vida... Vamos a ser muy felices ahora...

Su voz me llegó distante, borrosa. Yo pregunté, saliendo de mi abstracción:

—¿Cómo?

Ella pareció sorprendida. Me miró. Luego, su rostro se iluminó con una sonrisa dulce, comprensiva, recordando sin duda lo que sobre mí le habrían dicho ya el doctor Vaughan, el inspector Riordan...

—Decía que seremos muy felices, Cliff —repitió, con mayor dulzura aún en su voz—. Vamos a disponer de un tiempo de vacaciones, de un tiempo para nosotros solos...

—Sí, el inspector Riordan es muy comprensivo —dije, con cierta

ironía—. Al menos, lo ha sido esta vez. Me concede un permiso. Un mes o dos. Dice que puedo aprovecharlo para lo que quiera...

—Lo sé, Cliff. No te ocurre absolutamente nada, tú lo sabes. El doctor Vaughan ha sido explícito y concreto en eso. Ni siquiera estás enfermo. Sencillamente, estás preocupado, piensas demasiado en todo eso, y te impide pensar en cosas mejores y más agradables. De cualquier modo, lo importante es que vas a tener tiempo sobrado para recuperarte, ¿no es cierto?

La miré. Estaba muy cerca de mí. Podía verme en sus ojos, como en dos espejos de un raro color ámbar. Podía percibir el roce suave de su aliento, escapando por entre los labios que se entreabrían cerca de mí, muy rojos y muy húmedos.

Doris seguía siendo la misma hermosa criatura de siempre, seguía teniendo la misma palpitante sugestión de antes. Su figura deliciosamente formada, esbelta y menuda, graciosa y juvenil, sus ojos color ámbar, sus labios carnosos, su breve nariz, su cabello castaño, suavemente rojizo de reflejos...

Era ella. Siempre ella. Si acaso, yo era quien había cambiado, e incluso teniéndola cerca, sintiendo sus brazos en torno mío, oprimiéndome en un suave dogal, me sentía algo lejano, algo insensible, algo indiferente por todo. Incluso por ella, por Doris.

La besé. Repentinamente, tuve miedo.

Miedo de mí mismo. Miedo de mis sentimientos, de mi cerebro, de todo lo que se encerraba, en mí.

Ahora, acababa de besarla. Larga, intensamente. Y nada había sucedido. No había sentido nada.

Me asusté. No, eso no podía ser. No debía de ser. Nadie puede cambiar, dejar de sentir, ser esclavo de una obsesión que le anule a uno los sentidos.

Eso es lo que hizo rebelarme contra mí mismo, contra todo. Es lo que me hizo oprimir a Doris con más fuerza contra mí. Lo que me hizo decirle, con voz ronca:

—Doris, ya sé...

—¿Qué sabes? —Me miró ella, sorprendida, acaso tan alarmada como yo al observar que yo no era el mismo.

—Lo que voy a hacer en estas vacaciones, en este descanso que me ha concedido el inspector Riordan...

—¿Qué vas a hacer? —sonrió—. ¿Viajar? ¿Hacer turismo?

—Es posible, no sé. Lo que sí sé, es lo que he resuelto hacer ahora, precisamente ahora, en este período de vacaciones.

—¿Qué, Cliff?

—Casarme contigo, Doris.

—¡Cliff, eso es estupendo!

—¿De veras lo crees?

—Cielos, claro que lo creo. Estoy absolutamente seguro de ello —la mano firme de Mark Foster me golpeó, cordial, en el hombro—. Es lo mejor que podías haber decidido.

—Ni siquiera puedo estar seguro de eso —me pasé la mano por la frente—. Estoy preocupado, inquieto... No sé si será lo más acertado. No sé si el matrimonio será un éxito o un tremendo fracaso. Pero, sea como sea, debo llevarlo a cabo. Quiero estar seguro de mí mismo, quiero volver a sentir como antes, a saber que la presencia de Doris, su proximidad, su influencia, puede cambiarme de nuevo, puede hacerme sentir otra vez lo que antes sentía por ella, lo que nunca pude dejar de sentir, Mark.

—Tú amas a Doris, ¿no es cierto?

—Claro. Siempre la he amado.

—Entonces no puede haber duda alguna. Lo que te ocurriese en esos dos meses en blanco no puede tener influencia alguna para tus sentimientos.

—Posiblemente no. Pero yo noto algo raro, algo diferente en mí. No quiero perder la fe en mí y en mis afectos. Quiero a Doris. No deseo perderla. Teniéndola cerca, sé que todo será diferente, Mark.

Foster asintió, contemplando el diario que tenía en sus manos. Comentó, irónico:

—Aquí has quedado muy favorecido, en los ecos de sociedad. Veo que tu boda va a ser, además, muy publicitaria. Ya se ocupan de ella los periódicos en su totalidad.

—No es por mí, sino por ella. Doris es periodista, después de todo. Y conocida en el mundo social, ya que se ocupa de los ecos de sociedad, precisamente. Ahora, le toca a ella verse metida en su propia columna —reí—. Eso tiene gracia, Mark. Incluso un vulgar policía, tiene que aparecer ahí como un actor de cine o un famoso personaje de vida pública.

—Aquí no dice que seas policía. Se limita a mencionarte como «funcionario del Gobierno», sin más dalles.

—Influencias del

F. B. I.

Ellos no quieren hacer publicidad a sus agentes. Nada habría más negativo que un federal demasiado famoso. Todos los delincuentes del país le reconocerían a uno apenas entrase en un lugar, y dirían luego algo así como: «Mira, ese tipo es el agente federal Equis». No, no tendría ningún resultado favorable para la Ley. Es mejor aparecer como simple «funcionario Gobierno», sin otras aclaraciones.

—Te felicito, de todos modos —sonrió Foster—. Tu prometida es muy bella.

—Mucho, sí —afirmé, orgulloso. Y me sentí ensombrecido—. Sólo espero que esta boda sea acierto, y sepa hacerla feliz a ella...

—Así será, estoy seguro —me alentó Mark Foster—. No tienes que sentir miedo alguno al respecto, puedes estar bien convencido de ello...

Asentí, preocupado. Si yo pudiera sentirme tan seguro como él lo estaba... Pero no era él quien sufría lo que yo estaba sufriendo. Ni era él quien iba a casarse.

Tomé el diario que estaba él hojeando. Contemplé la columna de ecos sociales, que esta vez, excepcionalmente, no firmaba Doris Prentice, sino un colega suyo de la redacción del periódico.

Leí el texto, bajo nuestras fotografías, la de Doris y la mía:

«El próximo viernes, en la capilla católica de San Andrés, la bella reportera y cronista de sociedad Doris Prentice, contraerá matrimonio eclesiástico con el joven funcionario del Gobierno Clifford Saxon, en una ceremonia sencilla y emotiva, que deseamos sea para la feliz pareja el inicio de una vida de amor y de satisfacciones sin fin, y la creación de un hogar que...».

El órgano atacó la inevitable marcha con su inevitable ritmo solemne. Mendelshon llenó la capilla con las notas graves y significativas de su acompañamiento nupcial.

Sentí un hormigueo por todo mi cuerpo. Creo que sentí, por primera vez desde mi regreso del Líbano, la sensación de algo cálido y nervioso, algo vital y diferente.

Miré a Doris, vestida de blanco, allá al fondo de la capilla, mientras yo avanzaba ya hacia el altar, dignamente, junto a mi madrina, la madre de Doris, risueña y emocionada.

A Doris, la acompañaba su padrino, el inspector Riordan. La solemnidad del momento sentaba bien a mi serio superior. Es más, incluso le veía radiante, satisfecho del papel a representar en la ceremonia nupcial.

Entre los testigos, numerosos rostros amigos: Mark Foster, el propio doctor Vaughan, que había hecho una excepción, dejando a sus enfermos de la clínica y a sus servicios médicos en el F. B. I., para acudir a la boda.

Doris parecía la más feliz de todas las personas presentes, Sus ojos brillaban con una luz nueva, radiante. Me contemplaba, entre turbada y trémula, y la vi caminar hacia mí, hacia el altar, con paso firme, majestuoso, blanca y hermosa, suave y grácil como la figura de un cisne. Un blanco cisne de blancos tules de novia...

Respiré hondo. Como cualquier novio vulgar, me pregunté, asustado, si había traído conmigo los anillos o los había olvidado en casa. Un leve roce con mi bolsillo me tranquilizó. Los anillos estaban allí.

La marcha nupcial parecía adaptarse a los pasos alados, lentos, ingrátidos de la figura envuelta en crujiente, leve nebulosa blanca de gasas y tules. Sobre el bellísimo rostro, ligeramente pálido y, por ello, más contrastado con el leve carmín de las mejillas, caía la sombra suave, transparente, de su tocado de novia.

Me miró dulce, largamente. Me sonrió. Luego, clavó sus ojos en el sacerdote que aguardaba.

Poco después, se iniciaba la ceremonia.

La voz del sacerdote sonaba en nuestros oídos como un ritual inevitable, como un murmullo que era el acompañamiento y la justificación a cada trámite de la ceremonia.

Y, como un ritual más, llegó a la frase habitual en tales casos, cuando se pregunta de forma puramente protocolaria, alzando ligeramente la voz para que la capten todos los asistentes:

«... Y si alguien hubiera que conociera motivo o causa para suspender o detener este enlace, deberá en conciencia manifestarlo

en el acto, y precisamente en estos momentos, antes de que la unión se legalice ante Dios y ante los hombres... Manifiéstelo así quien así juzgue que debe hacerlo, antes de que esta ceremonia prosiga hasta su final...».

Era protocolo, por supuesto. Doris y yo sonreíamos, mirándonos a los ojos, tan emocionada ella como yo, sin duda alguna.

Y terminó el sacerdote el párrafo ritual de advertencia, y se dispuso a santificar nuestra unión de modo definitivo, inquebrantable ya ante Dios...

Fue entonces, cuando el sacerdote se disponía a continuar ya definitivamente, cuando la voz se alzó en el templo, por encima, de las notas del órgano:

—¡Detengan esa ceremonia, por el amor de Dios! ¡Yo sé que no puede celebrarse! ¡No debe celebrarse en modo alguno!

Se hizo un silencio sepulcral. Incluso el órgano se detuvo en seco, con una nota discordante.

Doris se estremeció. Su palidez aumentó. Me miró, incrédula, desorientada. Yo también la miraba a ella, confuso, sobresaltado. Luego, ambos giramos la cabeza, al tiempo que el sacerdote también levantaba los ojos de su libro, para clavarlos en la persona que, dramáticamente, había interrumpido la ceremonia en el templo.

Era una mujer.

Una mujer de mediana edad, vestida de oscuro. Una mujer en pie en uno de los bancos de la capilla de San Andrés. Mirándonos condenatoriamente, alzando su brazo, como en un anatema contra el sacrilegio. Interrumpiendo la ceremonia, deteniendo nuestra boda con aquel grito absurdo:

—¡No debe celebrarse esta ceremonia en modo alguno!...

—¿Se ha vuelto loca, señora? —farfulló Riordan, revolviéndose hacia ella—. ¿Cómo se atreve a interrumpir una ceremonia con algo así?

La mujer le contempló con expresión belicosa, desafiante. Tenía cabellos grises, pulcramente peinados, y ojos muy azules. Su porte era severo, correcto. Su gesto denotaba una indudable seguridad en sí misma y en lo que sostenía.

—Caballero, yo sé lo que debo hacer —replicó fríamente a mi superior—. La Ley y los principios de mi Dios me exigen este deber

humano insobornable. Si creo que hay motivos para detener una ceremonia matrimonial, debo hacerlo. Si conozco una razón para que este matrimonio no se celebre, debo sostener mi postura y advertir al sacerdote para que no siga adelante y consume lo irremediable.

—Pero... ¡pero eso es ridículo, señora! —La protesta de Riordan, en otra situación, me hubiera divertido, porque nunca antes de ahora vi tan apabullado y desorientado a un hombre como él, ante la energía de aquella dama para mí absolutamente desconocida—. ¡Usted no puede tener razón sensata alguna para interrumpir la boda!

—Caballero, si no la tuviese, no me hubiera movido de mi asiento ni alzado la voz —sostuvo muy digna ella—. Estoy en mi derecho.

—Yo le advierto, señora, que si usted ha intervenido aquí sin motivo fundado alguno, la haré encarcelar por alteración del orden público —avisó Riordan, furioso.

—Por favor, dejen hablar a la señora —terció el sacerdote con amabilidad, aunque firme su voz. Cruzó los brazos sobre su sotana, sosteniendo el libro contra sí, y se dirigió, solemne, a la mujer puesta en pie en medio del silencioso templo—. ¿Su nombre, señora?

—Agnes Robinson, padre.

—¿Por qué ha formulado su grave protesta contra la celebración de este matrimonio, señora Robinson? ¿Ha medido bien el alcance de su actitud?

—Por supuesto, padre —afirmó ella, rotunda.

—Bien. ¿Quiere decirnos, por favor, de una vez por todas, qué motivos alega usted para tal actitud?

—Dos motivos fundamentales —dijo ella con energía.

—Bien, Defínalos inmediatamente, se lo ruego.

—Primero: ese hombre miente.

Y me señaló directamente a mí.

—¿Cómo? —saltó el sacerdote, asombrado.

—Miente al dar su nombre en los diarios. No se llama Clifford Saxon. No es ése su verdadero nombre, y, por tanto, esta ceremonia es un fraude.

—¡Señora Robinson! —exclamó el sacerdote, con creciente

estupor.

—Y segundo y principal —su modo de fijar en mí su índice acusador se hizo aún más rotundo, más acentuado, como si fuese un acero para taladrarme—. Ese hombre está ya casado, con su nombre verdadero de Judd Munro...

V

LA señora Agnes Robinson, ciertamente, estaba menos firme ahora que en la iglesia. Menos segura que cuando detuvo la ceremonia católica de mi matrimonio.

Pero seguía pareciéndome una mujer llena de convicción en lo que decía, a pesar de que nadie mejor que yo podía saber que estaba mintiendo.

—Señora Robinson, insisto una vez más —habló Riordan secamente—. ¿No se retracta usted de lo declarado hoy en el templo?

—En absoluto, inspector —rechazó la mujer fríamente, sosteniendo su mirada con un admirable valor, a mi juicio.

—¿De modo que insiste usted en que este hombre se llama Judd Munro?

—Insisto, sí —me miró fijamente—. Es Judd Munro.

—¿Y quién es Judd Munro? —repliqué yo, seco.

—Usted.

Resoplé, malhumorado. Sacudí la cabeza, agitando mis manos expresivamente.

—Es un callejón sin salida —le indiqué—. Yo soy Munro, y Munro soy yo. Eso ya lo ha dicho usted en la iglesia y en este despacho.

—Es la pura verdad, señor Munro —me dijo, obstinada.

—La verdad... —Me volví a Riordan, con un gesto elocuente—. Ahí lo tiene, inspector. Es la verdad, según la señora Robinson.

A todo esto, la víctima principal de aquello permanecía en un rincón. No lloraba, como una novia ochocentista o un personaje de novela rosa caduca, afortunadamente para ella y para mí.

Pero no dejaba de tener su patetismo la figura de Doris,

encogida en el asiento, con sus blancas galas nupciales, su aire ausente, su abstracción, su inmensa sorpresa reflejada en los ojos ambarinos, su desorientación, que era un sentimiento por cierto bastante extendido entre todos nosotros.

La miré con dolor. Ella me devolvió la mirada, entre apenada y curiosa. Me recordó más a la periodista intrigada por un misterio noticiable, que a la novia cuyo matrimonio se ha visto truncado de súbito, de una forma ridícula e insospechada.

—Doris, no sabes lo que siento en estos momentos... —dije, con bastante torpeza.

Ella hizo un gesto apagado, algo triste incluso.

—Sí, todos lo sentimos, Cliff. Yo, más que nadie. Pero si hubiera dicho otra cosa... Es asombroso que afirme que tú estás casado ya. Y, sobre todo, que te llamas Judd Munro. Yo sé quién eres. Lo sabe el

F. B. I.

Lo sabemos todos. No tendría sentido que las cosas quisieran presentarse de otra forma.

—Señorita, no tengo nada contra usted ni contra su... su novio —la honorable señora Agnes Robinson dijo esto con aire altivo, con arrogancia propia de una mujer que cree sostener algo tremendamente importante—. Se trata de la moral, de la dignidad, de la sinceridad de un enlace ante Dios en un templo religioso. El suyo hubiera sido un acto horrible, de haberse consumado, porque su prometido es el marido de otra mujer.

—¿Qué mujer? —preguntó vivamente Doris, anticipándose a mí.

—Dana Munro —afirmó ella, sin vacilación alguna. Se volvió a mí—. ¿No es cierto, señor? ¿Va a negar que sea el esposo de Dana Munro?

Me quedé mirándola fijamente. No hubiera sabido qué hacer, si darla de bofetadas, o arrojarme a sus pies, pidiéndola encarecidamente que retirase sus palabras y me dejara ser el marido de Doris.

Ambos procedimientos me parecieron igualmente torpes e inútiles, y renuncié a ellos. En vez de eso, rechacé fríamente:

—Lo niego todo, señora. Usted sufre un error. Tiene que sufrir un error. Ha confundido a las personas, eso es todo. Debo parecerme notablemente a alguien al que usted conoce... Pero dio

un paso excesivamente atrevido. Yo soy Clifford Saxon, agente especial del Federal Bureau of Investigation, División de Narcóticos. Tiene ahí mi ficha personal, mis huellas dactilares, mi fotografía, mis datos completos, todo lo referente a mi persona. Usted ha visto bien que todo ello es legítimo, bien cierto. Usted sabe ahora a la perfección que no soy Judd Munro, sino un hombre que lleva aquí años enteros siendo quien es, un hombre a quien su prometida conoce desde hace tiempo, más de tres años, no es un idilio repentino y fugaz. Usted ha oído a mi jefe, el inspector Riordan. Y a mis amigos y camaradas de la Oficina Federal. En suma, soy del F. B. I.

Soy Clifford Saxon, sin lugar a dudas. ¿Qué tiene usted que decir a eso?

Me miró largamente. Sacudió la cabeza, con aire perplejo. Luego, repitió una vez más, incansablemente:

—No. No hay nadie que se parezca tanto a otra persona. Usted es Judd Munro, estoy segura.

Vuelta a empezar. Vuelta al absurdo.

La señora Agnes Robinson había recibido toda clase de pruebas fehacientes, de un organismo policíaco y legal de la contundencia del

F. B. I.,

y en todo ello se le demostraba, sin lugar a dudas, que yo era Clifford Saxon, y no Judd Munro. Y que todo, incluso algo tan indiscutible como son las huellas dactilares, así lo probaban, sin lugar a duda alguna razonable.

Y ella, obstinadamente, insistía en que no era así.

—Bien... —suspiró el inspector Riordan. La miró, ya muy poco amistoso y muy poco tolerante con ella—. Señora, todo eso concluye en una sola cuestión definitiva y rotunda: usted acusa a este hombre de falsedad premeditada y de intento de bigamia.

La advertencia era grave. Pero ella, sin pestañear, asintió.

—Sí, inspector —dijo.

Resopló Riordan. Yo también, pero mi jefe ni siquiera me miró. Estaba demasiado alterado para eso.

—Lo lamento muy de veras, pero está usted en la sede del Organismo dependiente del Departamento de justicia de la Nación. Acusa usted a uno de sus miembros, a un agente especial suyo, de

dos cargos sumamente graves: intento de bigamia y falseamiento de la personalidad.

—Si no hay otro remedio para evitar esa boda..., sí. Le acuso ante quien sea. Soy una mujer honesta y creyente. No admito que nadie se burle de Dios y de sus leyes sagradas. Esa muchacha debería estarme agradecida, aunque ahora no lo comprenda. Y también él, si no fuese un perverso pecador... Le salvo no sólo de un delito mil veces peor, sino del deshonor de una hermosa criatura a quien jamás debió engañar, y, sobre todo, le libero de la justa ira del Señor contra los que escarnecen sus normas y disposiciones.

Riordan puso un gesto de circunstancias. Él no era católico, sino baptista. Personalmente, como católico, yo comprendía a aquella mujer. Ella estaba equivocada, pero no lo sabía. Obraba de buena fe, y me creía un farsante. Lo malo es que todo eso no era cierto, y su convicción de creyente fiel estaba mal orientada. Pero ¿quién podía convencer de eso a una mujer tan obstinada?

—Señora Robinson, soy inspector especial de la División de Narcóticos —masculló Riordan—. Acepto su acusación, y voy a darla curso legal. Solamente si usted acepta llevar este caso ante un tribunal federal, mi subordinado no se casará con la señorita Prentice. ¿Arrostra usted sus consecuencias?

—Sí, las arrostro —sostuvo ella, serena.

Esta vez sí que me miró Riordan. E incluso Doris. Tuve la desagradable impresión de que empezaban a dudar de mí y de mi buena fe. Tuve la sensación penosa de que, en su subconsciente, tomaba forma una duda, una sospecha.

¿Mentía yo realmente? ¿Me había hecho pasar alguna vez como un hombre llamado Judd Munro, y había unido mi vida a otra mujer, bajo esa falsa identidad?

Yo podía jurarles una y mil veces que no. Pero no creí que sirviera de mucho. Lo malo de aquella mujer es que no parecía mentir ni afirmar algo falso. Su convicción, su seguridad, su aplomo, volvían a ser idénticos allí, en el propio despacho del inspector Riordan, que en el templo de San Andrés aquel viernes por la mañana, cuando detuvo la ceremonia y destrozó mi boda con Doris como si fuese hecha de puro cristal quebradizo...

—Ahora, señora Robinson, va usted a declarar lo que sepa —habló con energía el inspector, tras hacer pasar a un estenógrafo de

nuestra División, que se acomodó con su máquina estenográfica, plana y sencilla, para captar taquigráficamente las declaraciones de la señora Robinson.

Ella humedeció sus labios. Me miró a mí, luego a Doris. Finalmente, a Foster y al inspector Riordan.

—Sí, inspector —afirmó, muy entera, sin impresionarse demasiado por el aparato que rodearía su declaración—. Lo haré minuciosamente. Mi diario me ayudará a recordar perfectamente los detalles que pueda haber olvidado, como lugares, fechas y cosas así.

—¿Su... diario? —preguntó Riordan, de sorpresa en sorpresa.

Ella asintió beatíficamente, con una sana y simpática sonrisa, como si todo aquello fuese algo muy simple, muy alegre y divertido. Posiblemente para su criterio moralista hubiera motivos de regocijo con el curso de los acontecimientos, pero yo no podía estar en absoluto de acuerdo con tal modo de ver las cosas.

Y no lo estaba. Pero la declaración de ella estaba comenzando ya. Había abierto su monedero negro, con broche plateado. Extrajo algo de él un libro parecido a una agenda, pero algo más amplio y voluminoso. Era un diario. Su diario.

Comenzó a abrir sus hojas, buscando alguna determinada. Esperé a que localizara los puntos importantes de sus apuntes, y también Riordan parecía aguardar tal cosa, porque en cuanto ella se detuvo, con un suspiro, sonriente y a la expectativa, mi jefe la preguntó con sequedad:

—Empecemos, señora Robinson. ¿Cuándo y dónde vio usted, o creyó ver, a este hombre, bajo su identidad de Judd Munro?

Ella miró una hoja. Leyó, apacible:

—Once de abril. Hace exactamente un mes, inspector. En el hotel Jordán, de Ammán, Jordania... Él era Judd Munro, e iba con su esposa Dana Munro. Incluso hicimos juntos el viaje a Belén y Jericó, los lugares bíblicos... ¿No lo recuerda, señor Munro? —Se dirigió a mí abiertamente, con una expresión natural y espontánea.

Ammán. Jordania.

El dedo de Riordan se detuvo sobre el mapa, señalando directamente a la capital del reino jordano.

Le miré, y él a su vez me miró a mí. Ninguno hicimos comentario alguno. Yo me limité a asentir vivamente, entendiendo

su muda expresión fácilmente. Sabía lo que quería decir. Podía leerlo en sus ojos.

—Hace un mes, yo no sé dónde estaba ni qué hacía —recordé lentamente, apoyándome en la mesa donde mi superior había extendido el mapa amplio y detallado del Oriente Medio—. Y una tal señora Robinson afirma que yo era Judd Munro, estaba en Ammán... y me acompañaba una mujer, la señora Dana Munro. Mi esposa...

Me estremecí. La conclusión era escalofriante. Sobre todo para Doris y para mí. No me atreví siquiera a mirarla a ella. Pero sentí el roce de su mano nerviosa sobre mi hombro. Giré la cabeza entonces. Sólo descubrí comprensión, honda comprensión y ternura en el rostro de ella. Me resultó admirable que pudiera comportarse así en este trance.

—Animo, Cliff —me dijo suavemente—. Las cosas no pueden ser tan malas. Todo tendrá una explicación mejor...

—Eso espero —suspiré—. Gracias de todos modos, Doris. Tu postura en todo esto me ayuda mucho.

—¿Qué esperabas? ¿Una escena histérica y de celos? —Ella sonrió, con energías—. No soy de esa clase de mujeres, Cliff. No podría serlo tampoco contigo. Ésta es una circunstancia excepcional. Lo que importa es ponerla en claro.

—Ponerla en claro... —Hasta esa posibilidad me asustó, debo confesarlo. La miré muy fijo, y pregunté, tenso—: ¿Y... y si se demostrara sin lugar a dudas que... que esa dama tiene razón?

—No te culparía de nada —dijo Doris, bajando los ojos, aunque evidentemente inquieta, preocupada—. Absolutamente de nada, Cliff...

Ni siquiera le agradecí esas palabras. No hacía falta. Ella debía entenderme bien, sólo por el gesto. Hay actitudes maravillosas en la vida, cuando una mujer es como Doris Prentice.

—Dejemos el lado afectivo de la cuestión ahora, Cliff, con ser importante —terció la voz dura, cortante, del inspector Riordan—. Lo que importa es poner esto en claro. La última pista consciente es la del viaje por vía aérea El Cairo-Bagdad. No hizo escala en Jordania en absoluto. Sin embargo, un mes más tarde, usted está en Ammán, según esa mujer, con el nombre de Judd Munro, acompañado de una dama que parece ser su esposa. Hasta aquí los

hechos, fríos y concretos. Entre ambos sucesos, si la señora Robinson no se equivoca, parece ser que el error se hace cada vez más improbable, habido caso de que, aparte la semejanza física, existe la proximidad de lugar y latitud geográfica, tuvo que haber entre ambos hechos, repito, algo que los relacione y explique. Usted llega a Bagdad en el reactor de las Líneas Aéreas Árabes, eso es obvio, porque el vuelo que usted tomó llegó sin incidente al aeropuerto iraquí, y su último recuerdo, exactamente, se basa en el momento de sobrevolar la capital con el avión. No hubo incidentes en ese aterrizaje, es lo primero que comprobamos minuciosamente cuando supimos le ocurrido con usted, Saxon. De modo que, una vez en Bagdad, tenemos ya un mes en blanco. Luego, aparece Judd Munro en el hotel Jordán, de Ammán, con la señora Dana Munro.

—Y el relato de la señora Robinson especifica claramente —añadí yo—: Que como tal señor Munro, hice una excursión con mi supuesta esposa a Jerusalén y a Jericó, para ver los bíblicos lugares, en la misma agrupación que lo hizo la propia señora Robinson, y con ella hablé en diversas ocasiones, lo mismo que la mujer que se supone era mi esposa. Luego, ya en Jericó, dejó de vernos, al regresar a Ammán nuevamente, porque ella no terminaba allí su gira de tipo religioso, con la visita a todos los Santos Lugares, y nosotros, por lo visto; sí. Pero habló conmigo las suficientes veces para identificar mi voz, mi modo de hablar el inglés, mis gestos, mis actitudes, e incluso ese lunar que tengo en el cuello, bajo la oreja derecha, y que realmente citó ella como el indicio más claro de que no había posibilidad de error en la identificación, y que aunque existan en el mundo dos seres iguales, cosa hartó improbable por otro lado, no podrían en modo alguno coincidir en voz, ademanes e incluso un pequeño lunar, ni aun siendo gemelos perfectos.

—Oí todo eso a la señora Robinson —asintió el inspector Riordan—. ¿Qué conclusiones saca usted de todo ello, Saxon?

—Ninguna, salvo que ya hay algo donde buscar: los Munro. Un nombre, Judd Munro, un lugar: hotel Jordán, en Ammán. Si todo eso existió realmente, habrá algún indicio, alguna huella, algún cabo suelto. Además... ella asegura haber visto nuestros pasaportes en los trámites de la visita a Jericó y Jerusalén, y observó claramente que eran pasaportes de nacionalidad canadiense, no norteamericana. Pasaportes, por cierto, a los nombres citados, y

donde la señora Robinson, curiosa, desconfiada y moralista, por encima de todo, lo primero que buscó fue el dato relativo a nuestro nexo familiar. Naturalmente, comprobó que en ambos pasaportes indicaba: «casados». Y con los datos suficientes para deducir que, en efecto, éramos el señor y la señora Munro con toda la legalidad del caso. Esto es penoso admitirlo, Doris, pero es lo que ella dijo.

—Sí, por supuesto —asintió mi prometida seriamente—. Ya te dije que no te preocupes por mí. No tienes que darme explicaciones de ningún género.

—De modo que a la vista de todos esos datos, Saxon, ¿qué sugiere que hagamos para seguir investigando en todo eso que su consciente no logra recordar, y que sigue celosamente oculto en algún lugar de su subconsciente?

—Ya hemos buscado en ese subconsciente, sin demasiado éxito —respondí—. De modo que será preciso cambiar la técnica, evidentemente.

—Muy bien. ¿Qué propone?

Miré el mapa extendido sobre la mesa. Apoyé en él mis manos, y expuse sin rodeos lo que pensaba. Era lo mejor y más directo:

—Ir a Ammán. O adonde sea que nos lleve esa pista, inspector Riordan...

VI

EL viaje en el reactor de las Líneas Aéreas Jordanas había quedado ya atrás.

La llegada al aeropuerto internacional de Ammán, también. El taxi que nos condujo del aeródromo a la capital jornada, había sido el último paso.

Ahora, en medio del lujo oriental y del ambiente puramente occidental del suntuoso hotel Jordán, donde las tensiones árabe-israelitas de los últimos tiempos habían dejado su huella en forma de escasez evidente del turismo extranjero, miré a mi alrededor perplejo, preguntándome si conocía algo de todo aquello.

Los grandes macetones con palmas de un verde oscuro, lustroso y brillante, los asientos cómodos, tapizados al estilo oriental, las ricas alfombras persas, las escaleras de mármol hacia las plantas altas, los modernos ascensores de grises puertas de acero, los carteles turísticos, con vistas de Ammán, Jerusalén, Belén, Jericó o El Kerak, donde se leía invariablemente: «Visite Jordania, la bíblica tierra palestina».

Todo lo observé curiosamente. Los ventiladores que giraban en el techo, el aire fresco acondicionado de otros departamentos del hotel, menos dados al tipismo de otros tiempos... Podía ser cualquier otro hotel de Oriente Medio. Se parecía a todos, fuese en Bagdad, Damasco, Teherán o cualquier otro punto de las tierras árabes próximas a Europa. Pero no me decía nada en particular. No me era especialmente familiar en nada.

Doris lo observó inmediatamente. Hizo un gesto expresivo, moviendo la cabeza.

—Nada, ¿verdad?

—No, nada —suspíré—. Es desesperante...

—¿Por qué? —Me calmó ella—. No hemos hecho sino empezar...

Me encogí de hombros. Era cierto. Sólo habíamos empezado. Doris y yo iniciábamos la aventura más absurda e inconcreta que cualquier ser humano puede iniciar: la búsqueda de sí mismo, de algo de su «yo» que se ha perdido en un rincón remoto del mundo, casi al otro lado del Globo.

Pero era muy posible que todo terminara igual que empezaba, y fuese simplemente un círculo cerrado que, de nuevo, nos llevara al destino inicial.

No quise pensar con pesimismo en esto, pero creo que era algo que tenía metido en mi cerebro y me impedía tener la menor esperanza de que todo aquello diera resultado práctico. ¿Qué iba a lograr yo con buscar el rastro de un tal Judd Munro que parecía ser yo mismo?

El conserje del hotel Jordán me contempló al detenerme ante recepción. Me tendió el libro de registro y miró con interés a mi compañera.

—¿Habitación de matrimonio, señor? —preguntó en inglés muy correcto.

Le miré. Era árabe. Muy joven, de mirada oscura y vivaz. Pulcro y serio. Me pregunté si le habría visto antes de ahora, y él a mí. No me recordó nada en absoluto. Negué con la cabeza.

—No, no —dije—. Ella no es mi esposa. Es mi secretaria.

—Oh, entiendo. Secretaria —asintió, cortés—. Lo siento, señor. Imaginé que eran recién casados. Vienen muchos a Oriente Medio, en viaje de bodas...

No quise mirar a Doris. Lo que él decía podía haber sido bien cierto, pero no lo era. No lo era, por culpa de la señora Robinson, un señor y una señora Munro... Supuse que le dolería tanto como a mi aquella alusión.

Firmé en el registro de viajeros. El me pidió mis documentos de identidad. Se los mostré.

—Es para la Policía —explicó, sonriente—. Usted ya entiende cómo están las cosas en Oriente Medio actualmente. Se ven espías y sabotadores judíos por todas partes.

—Sí, comprendo. En
Tel-Aviv

ocurre igual, porque ven terroristas árabes por doquier —sonreí a mi vez.

Él anotó una serie de datos míos y de Doris en unas tarjetas de la Policía jordana. Vi que escribía sin vacilar mi profesión supuesta, la que figuraba en mis documentos especialmente preparados por el F. B. I.:

«Escritor. Novelista y ensayista».

Me devolvió los documentos, sin hacer comentario alguno. Yo le miré muy fijo y aventuré una pregunta audaz:

—Usted parece no recordarme, ¿verdad?

—¿Cómo dice, señor? —se interesó él.

—Creí que me recordaría. Estuve recientemente aquí, en este hotel.

—Lo siento, señor —negó, cortés—. No podría recordarle, si hace más de dos semanas de ello. Soy nuevo en el empleo.

—Oh, perdone —me excusé—. Tal vez le confundí con algún otro empleado del hotel. No logro recordar ahora al anterior recepcionista. Estuve hace cosa de un mes...

—Es Kabul —me explicó él, rápido—. Un hombre de mucha edad ya. Tenía que haberse jubilado antes, pero a él le gustaba este trabajo. Ahora enfermó, y ha sido dado definitivamente de baja. Yo trabajaba en un edificio de apartamentos de la zona moderna de la capital. He pasado a este cargo y, por supuesto, no le vi a usted antes. Pero celebro que sea cliente nuestro con frecuencia, señor..., er Saxon.

—Gracias, amigo —sonreí, apartándome con Doris, para seguir al botones que, con dos llaves y nuestras valijas, se dirigía a los ascensores para conducirnos a la planta donde nos habían destinado habitaciones contiguas.

Resultó ser la tercera planta del moderno y a la vez tradicional hotel jordano. Las habitaciones 303 y 305, en el lado izquierdo del corredor, largo y en forma de letra T.

Doris me miró, risueña, antes de meterse en su propio apartamento, con su bolso y su estuche de máquina de escribir portátil, como único equipaje en sus manos, que no había querido dejar a nadie.

Yo pasé a mi propio apartamento. Lo examiné todo. En esta clase de hoteles, las habitaciones son siempre iguales entre sí, no

importa el piso ni la numeración, salvo raras excepciones. Esperaba que algo, algún indicio por leve que fuese, me diera la idea que estaba buscando, me hiciese recordar, aportase un rayo de luz a mi mente. ¿Me era familiar algún detalle de la habitación? ¿Las cortinas a franjas azules y grises, los cuadros murales, con vistas de Ammán en litografía, el ventanal asomado a la zona residencial de la ciudad, la cama moderna y pulcra, los muebles claros y agradables, los mandos del sistema de alta fidelidad de cada habitación, las figurillas árabes que adornaban una repisa del muro, frente a mí? ¿El cuarto de aseo, de mosaicos árabes, azules y verdes, con dibujos adamascados?

Nada. Ninguna de esas cosas me traía recuerdo especial alguno. Nada de todo eso me era familiar, nada me decía cosa alguna relacionada con los dos meses de vacío, de olvido consciente.

Respiré profundamente, algo hastiado ya. Apenas había empezado, y me desanimaba por momentos. ¿Era posible haber vivido allí y no recordar nada, absolutamente nada?

Era descorazonador, pero, a fin de cuentas, era sólo el principio, como dijera Doris. El principio... ¿de qué?

Me reuní con Doris poco después. Ella tenía mucho tacto. Ni siquiera me preguntó nada. Sabía de antemano que la segunda fase del experimento había fracasado también, sin necesidad de hacerme preguntas al respecto.

Bajamos al vestíbulo del hotel. Estudié a las gentes a mi alrededor. Los escasos turistas, en su mayoría ingleses y belgas, leían en las butacas, compraban «*souvenirs*» en la tienda del hotel, o paseaban su aburrimiento por un sitio y otro. Extraña diversión el turismo, pensé. Pasear, ver ruinas, conocer sitios antiguos y aburrirse en un hotel durante un puñado de días, tomando habitualmente alimentos que no son del agrado del viajero.

Vi pasar a los camareros, camino del restaurante, que se abriría pronto para servir los almuerzos. Inmediatamente pensé en algo. La señora Robinson había mencionado su primer encuentro con los Munro: el comedor del hotel.

—Vamos —dije a Doris, en cuanto abrieron las puertas de espejos de acceso al comedor del establecimiento—. Vamos ya, Doris. Tengo apetito.

—Ésa es una buena señal, Cliff —dijo ella dulcemente, con una

sonrisa—. Muy buena señal, ciertamente...

No me ocupé de explicarle nada. Sentía una peculiar excitación dentro de mí. Claro que aún me faltaba el recurso de buscar a Kabul, el recepcionista jubilado. Pero antes estaban los camareros. Los camareros del hotel, que servían las comidas en el restaurante. Ellos tenían que haber servido a los Munro. En fin, tenían que haberme servido a mí.

Ocupamos una mesa. Un servicial camarero vino a atendernos, con su amplia sonrisa blanca, muy en contraste con su tez oscura de árabe de pura raza.

—El menú, señores —nos tendió una carta en varios idiomas, adornada con las banderas de los respectivos países.

Eché una ojeada indiferente a la serie de platos, muchos de ellos tradicionales de Jordania y de otros países árabes, y muchos otros de cocina internacional.

Doris parecía muy ocupada también en elegir, pero observé que me estudiaba con el rabillo del ojo, como si esperase algo de mí. Indudablemente, me conocía muy bien.

—Amigo, ¿no nos conocemos? —le dije inesperadamente al camarero.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó éste, sorprendido.

—He sido cliente de este hotel otras veces. ¿No servía usted en este restaurante?

—No señor —negó—. Hay un camarero enfermo. Yo ocupo su puesto por unos días, señor.

Eso era mala suerte. Apretó los labios. Me limité a pedirle el almuerzo. Luego, miré fijamente a Doris, que sonrió animosa desde detrás de su carta. El camarero se retiró con los dos grandes cartones del menú, y yo lancé una imprecación entre dientes.

—¿Es que todo el personal de este hotel ha cambiado repentinamente, por enfermedad o por vejez? —rezongué, malhumorado.

—Ten calma —me confortó ella, oprimiendo mi brazo—. Si te desesperas ya, no iremos demasiado lejos.

—Tal vez tengas razón, pero la prueba es demasiado dura —musité—. Oh, Dios, ¿qué podría yo hacer para llegar a la verdad, sea cual sea?

—No te impacientes. Después de todo, tal vez esa verdad no sea

tampoco agradable, y haya resultado mejor la incertidumbre que la certeza.

—No digas eso, Doris. Prefiero cualquier amarga realidad a esta duda, a este miedo a algo que ni siquiera sé lo que pueda ser...

Hice un gesto hacia el mozo que servía los vinos en las mesas. Me ofreció su carta, distraído, mientras hablaba con los ocupantes de otra mesa. Pedí una botella de agua mineral y una botella de vino griego, tinto.

Le devolví la carta, y me dispuse a seguir conversando con Doris. El mozo anotó lo pedido en un pequeño bloc, y se dispuso a ausentarse. Entonces fue cuando cruzó su mirada con la mía, distraídamente también.

Sonrió ampliamente y se inclinó.

—Veo que ha cambiado de gustos —dijo—. ¿Ya no le gustan los vinos españoles, señor Munro?

Al fin.

Estuve tentado de lanzar un grito y ponerme en pie de un salto. Doris me miró, rápida, indicándome serenidad con el gesto. Evidentemente, era una chica excepcional, para mantener la compostura en aquel trance.

Me dominé. Lo hubiera hecho aun sin la mirada expresiva de Doris. Me dominé, y mantuve mis ojos fijos en el camarero joven, rizado de cabellos, de piel levemente bronceada por el sol, pero nada más. No era tan oscuro como otros compatriotas suyos. Solamente lo justo que producía el fuerte sol de Oriente.

—Hola —le saludé—. Veo que me recuerda bien...

—¿A usted, señor Munro? —Su ancha sonrisa exhibió una dentadura blanquísima y fuerte, de dientes iguales—. Naturalmente que le recuerdo... ¿Quién puede olvidar sus propinas y su amabilidad, señor? Lo que me ha sorprendido es su elección de un vino griego, habiendo ese delicioso vino español de que le hablé, y el otro espumoso italiano que tanto le complacía a usted y a...

Se detuvo, cohibido. Miró a Doris, sin saber qué añadir, pensando acaso en una de esas aventuras de los hombres casados. Traté de dominar la situación, rápido:

—Sí, también a mi esposa, es cierto, le gustaban esos vinos. Ella es mi nueva secretaria, muchacho. No tiene que disculparse.

—Oh, perdone —se excusó, risueño—. No quería cometer un

error. A veces...

—Ya sé, ya sé —corté, impaciente.

—Además, como entonces era secretario el que ustedes llevaban...

—¿Secretario? —pregunté, rígido.

—Sí, el señor Hedren. Stuart Hedren...

—Claro, ya sé a quién se refiere —reí—. Personalmente, prefiero a una secretaria. A fin de cuentas, es mujer.

—Naturalmente, señor —sonrió el camarero—. Deseo que vuelva a pasarlo bien en Ammán, señor, y me alegra que haya regresado al hotel.

—Gracias, muchacho —dije, sin detenerle cuando inició la retirada en busca de aquel vino griego y el agua mineral.

Doris y yo nos contemplamos, en un silencio difícil de sostener. Hubiera querido gritar, pero de ira, de exasperación, de malhumor. Se confirmaba todo. Yo era Judd Munro, o jamás hubo ser más parecido a otro en toda la historia de la Humanidad. Y estaba casado con Dana Munro. Y llevaba un secretario llamado Stuart Hedren, nombre que, por supuesto, me era totalmente nuevo y desconocido, y nada me decía en concreto.

—Doris, lo hemos encontrado.

—Sí, Cliff. Lo hemos encontrado. Apareció el hilo perdido. Sólo hay que seguir tirando de él. Ya tienes otro indicio: un hombre llamado Stuart Hedren.

—Debemos manejar esto con cuidado. Sea ello lo que sea, no puede resultar nada normal. Yo pude haberme casado con otra mujer durante ese período de tiempo diferente, pero ¿por qué otro nombre? ¿Por qué un secretario, por qué ignorar mi real identidad y vivir al margen de mi existencia anterior? Hubo unos pasaportes, hubo unos documentos canadienses a mi nombre. Yo no pude inventar eso, por mucha amnesia temporal que llegase a sufrir, Doris.

—Claro que no. Hay algo extraño en todo eso. No hasta saber tu vida en esos dos meses que tu mente bloqueó. Hay que saber por qué y cómo surgió esa vida...

Asentí, pensativo. Mi voz sonó sombría:

—Lo peor es que todo se confirme.

—¿Qué importa ya a estas alturas, Cliff? Contábamos con ello,

esperábamos algo así. No podemos extrañarnos de nada...

—Entiendo —asentí—. Pero es difícil hacerse a esa idea. ¿Cómo sería esa mujer, Doris? ¿Cómo me casé con ella? ¿Dónde está ella ahora?

—No vayas tan lejos. Primero, averigua cuánto puedas sobre ti mismo. Luego, sobre los demás. Sigue esto paso a paso. No te impacientes, no te apasiones. Lleva el asunto como si fueras tú un simple investigador, no el sujeto principal de los hechos, no la persona interesada en ellos. Tú no eres Munro ni Saxon. Eres un federal que investiga un caso. Eso debe bastarte.

—Sí, sería la fórmula ideal. Pero no siempre se puede dominar el impulso. Soy un ser humano, Doris...

—Claro que lo eres, querido —me sonrió, animosa—. Lo único que debes hacer, es luchar. Luchar por ti mismo, y un poco por mí. Pero fríamente. Sin pasión, sin nervios. Recuerda que eres Cliff Saxon, del

F. B. I.

Recuerda solamente eso. Olvida lo demás. Olvida que te afecta a ti.

—Lo intentaré —dije entre dientes, pensativo. Luego, comencé a enunciar—: Es obvio que los nombres de los Munro están en este hotel registrados. Tú viste los actuales trámites de la Policía jordana, para tener control absoluto de los extranjeros, en prevención de infiltraciones de agentes israelitas en territorio jordano.

—¿Y bien...?

—De algún modo, tenemos que leer esas tarjetas de control, ver quiénes fueron, exactamente, los Munro. Su lugar de origen, su residencia habitual, los datos precisos para localizarlos en algún lugar del mundo...

—Pero es evidente que un Munro no existe: Judd.

—Judd soy yo —sonreí, asintiendo—. No olvidé eso. Pienso en la señora Munro. En la esposa...

—Tal vez tampoco exista como tal. Puede tener otro nombre, otra identidad...

—Es posible. Pero no tenemos otra pista que sus documentos y su registro en este hotel. Seguiremos esa pista, nos lleve adonde nos lleve.

—¿Cómo localizar las fichas de los Munro? En el hotel se

negarán a mostrártelas rotundamente.

—Creo que sí se negarán —sonreí—. Pero recuerda que no soy un investigador cualquiera, sino un agente especial del Gobierno de los Estados Unidos. Jordania es un país amigo. Voy a recurrir a la Policía de Ammán para ese punto. En el hotel, no tendrán que saber nada. Absolutamente nada...

El coronel Feisal, de la Policía Militar de Ammán, extrajo las cartulinas del fichero que acababa de abrir, en su oficina del Centro de Seguridad de la capital jordana.

—En efecto, señor Saxon —asintió, examinando ambas tarjetas—. Son las fichas de dos ciudadanos canadienses, que hicieron turismo en Jordania hace exactamente treinta y cuatro días... El matrimonio Munro. Judd y Dana Munro, de Ottawa.

—Lo sabía, coronel —asentí, pensativo—. Le ruego que me deje ver esas cartulinas, o bien me proporcione los datos más necesarios para mi investigación. Usted ha visto que no se trata de nada que afecte a la propia ley o a la seguridad del Estado jordano, sino a un problema extranjero, posiblemente internacional, pero sin relación con la seguridad de su país en ningún aspecto.

—¿Cómo puedo yo saber eso? Los Munro pueden tener alguna relación con una organización extremista israelí y...

—No vea fantasmas alrededor, ni se saque de la manga espías judíos, coronel —le pedí—. No es ése el caso, ni creo que nunca lo haya sido. Tiene que ser algo de mayor envergadura. Algo realmente trascendente para algo o alguien...

—¿Cree que el terrorismo judío no lo es? —Se ofendió el coronel Feisal.

—Por supuesto, coronel. Como pueda serlo para el Gobierno de Tel-Aviv

el problema del terrorismo árabe. Yo soy neutral en ese sentido. No me alíneo junto a nadie, y mi auténtico espíritu de persona civilizada me obliga a pensar que la paz entre todos es siempre lo mejor, si es que ello es posible humanamente. Pero, por desgracia, coronel, mi criterio en este aspecto poco puede contar. Lo que sí le aseguro, es que yo no hubiera sido utilizado por nadie para un simple asunto de la tensión actual en Oriente Medio. No tengo relación siquiera con la política o con el espionaje, en favor de

nadie. No pude ser utilizado por nada parecido. Y, sin embargo, alguien me hizo pasar por Judd Munro, ya se lo he dicho. Quiero conocer algún dato al respecto, poder averiguar por qué hicieron tal cosa. Y en sus manos solamente está proporcionarme los datos adecuados. ¿Lo hará, coronel?

—Por supuesto, señor, Saxon. Ya le dije que le ayudaría —sonrió el militar árabe—. Tenga. Vea las dos tarjetas. Su firma como Judd Munro es, ciertamente, igual a la que figura en esas tarjetas...

Otro indicio positivo para mi investigación. Miré la firma. Una firma que, tal vez, yo había utilizado en una ocasión, trazándola con mi propia mano. Era obvio el gran parecido entre esa firma y la que acababa de trazar yo en un papel, ante los ojos del coronel.

Leí los datos, con asombro y curiosidad infinitas:

«Judd Munro.

»Canadiense. 29 años. Nacido en Monitoba, en su capital, Winnipeg. Industrial y financiero. Casado con Dana Munro. Motivo del viaje: placer y turismo. Residencia habitual: Teherán, Estado de Irán. Palacio Munro, Plaza Maidan Baharestan. Procedencia actual: Bagdad, Irak. Punto posterior de destino: Teherán, su residencia habitual».

Respiré hondo. Leí los datos de ella:

«Dana Munro.

»Canadiense. 26 años. De soltera, Dana Saint Marie. Nacida en Montreal, Quebec. Licenciada en Ciencias. Casada con Judd Munro. Motivos del viaje: placer y turismo. Residencia habitual: Teherán, Estado de Irán. Palacio Munro, en Plaza Maidan Baharestan. Procedencia actual: Bagdad, Irak. Punto de destino: Teherán, su domicilio habitual».

Eso era todo. No aclaraba mucho. Pero podía ser suficiente. Le devolví las tarjetas al coronel Feisal, con aire cansado.

—Gracias —dije, sencillamente.

—¿Le sirve de algo esto? —me preguntó él, mirándome atentamente.

—No lo sé aún. ¿Cuánto tiempo permanecieron en Ammán los dos? —pregunté.

—Espere. Se lo diré en seguida —consultó una cifra en clave de la tarjeta y revisó otro archivador. Dio su respuesta inmediata—: Cinco días, incluida la excursión colectiva a Jerusalén y Jericó. No aceptaron visitar Belén, y volvieron a su punto de destino inmediato, según consta en los datos policiales. ¿Algo más, señor Saxon?

—Sí, coronel, por favor. Un último deseo.

—Como el personaje del cuento y el genio de la botella —rió divertido el coronel Feisal. Me miró, sarcástico—. Hable, señor Saxon. Le concedo de antemano ese último deseo, si está en mi mano, para no apartarme de su concepto occidental del Oriente de «Las Mil y Una Noches».

—Sobra su sarcasmo, coronel. No pensaba en eso al pedirle el favor, sinceramente. Quiero conocer los datos sobre otra persona. Una persona que también estuvo por entonces con nosotros, en el mismo hotel. El secretario de Judd Munro.

—El secretario de Munro... Sí, entiendo. ¿Su nombre?

—Stuart Hedren. No sé más de él. Lo espero todo de usted, coronel.

No añadí nada más. Él volvió a revisar el archivo, y extrajo otra tarjeta imprecisa, con los datos rellenos. Me la tendió cordialmente.

—Aquí está su Stuart Hedren. Todo esto es irregular, pero no quiero que la Oficina Federal de su país piense que nosotros no queremos cooperar con los amigos.

—No lo he pensado en ningún momento. Y ahora tendré menos motivos para ello —sonreí, tomando aquella tarjeta.

La puse ante mí. Empecé a comprobar sus datos.

«Stuart Hedren.

»Australiano. 46 años. Nacido en Sidney. Idiomas, secretariado y Ciencias Políticas. Profesión habitual, secretario. Soltero. Motivo del viaje: trabajo. Residencia habitual: depende de la de sus jefes. Actualmente, Palacio Munro, en Teherán. Procedencia: Bagdad, Irak. Destino: Teherán, domicilio de los Munro».

La firma era dura, enérgica, de acentuadas aristas en las letras

trazadas casi violentamente. Nada concreto, desde luego.

Pero tomé nota mentalmente de todos esos pobres datos, devolviendo la tarjeta al funcionario de la Policía de Seguridad del Estado. El guardó el documento y cerró de forma definitiva el archivo.

—Espero haberle sido útil —dijo, correcto. Sonrió, preguntando confidencial—: ¿Lo he sido acaso, señor Saxon?

—Sí, coronel —asentí—. Ha sido muy útil a mis investigaciones. Lo cierto es que tampoco esperaba mucho más de ellas. En cierto modo, incluso han superado mis cálculos.

—¿Tiene ya alguna pista a seguir en el extraño caso que usted me ha expuesto antes, a su llegada?

—Tengo una pista fundamental, que es la que debo seguir. Y la que me llevará a otro lugar que no es ya Ammán, ni siquiera Jordania.

—¿Y ese lugar es...?

—Teherán —expliqué al coronel Feisal—. La capital del Irán, coronel... Y en Teherán, naturalmente, el Palacio Munro, de la plaza Maidan Baharestan... Aunque parezca absurdo, mi palacio, coronel Feisal...

VII

LA vieja Persia de Darío, de Cyro el Grande...

El primer gran imperio del mundo, Doris... Ella parecía fascinada por el encanto de Teherán. Era hacer un poco de turismo, a medida que el taxi nos conducía a través de la ciudad, hacia su centro residencial moderno, en la parte norte de la gran urbe que es capital política, industrial y cultural de Irán, el nuevo Estado reformado, que comenzó con Rezah *Sha*, y que sigue actualmente con el nuevo *Sha*, heredero del imperio moderno y distinto, adaptando a las corrientes europeas, occidentales, en la medida de lo posible, sin romper ni adulterar la tradición del pueblo iraní.

Yo mismo había contemplado el Gulistan Palace, o Jardín Rosa, el Palacio de Mármol del emperador persa, el Senado, la residencia del primer ministro e incluso la fachada del Banco Nacional, en cuyas arcas se custodian las joyas de la Corona, espectáculo realmente impresionante y, como todas las cosas del Oriente cercano a los occidentales, poco en consonancia con el nivel de vida de la población de tan ricos países en tesoros nacionales. Aunque muchos Estados de Europa tampoco podían mostrarse exigentes en eso, porque sus modos y usos van bastante unidos al de tales Gobiernos árabes.

Pasamos la Mezquita Sepahsalar y otros puntos de interés turístico de la ciudad antes de enfilar hacia la parte norte de la urbe, a su zona residencial y comercial, abundante en edificios de apartamentos y oficinas, residencias oficiales y centros gubernativos.

Allí, no lejos del gran centro espacioso de plaza Maidan Sipah[9], se alzaba la orgullosa mole del hotel Darío, dedicado al nombre del más grande persa de todos los tiempos. Desde luego,

pese a los bajorrelieves —imitación modernista y estilizada de obras como las talladas en la roca de los muros de las ruinas gloriosas de Persépolis—, al aire imperial y grandioso de su arquitectura y de su decoración, el hotel Darío no se diferenciaba en nada de cualquier hotel occidental de la inevitable y monocorde cadena Hilton o de cualquier otra similar.

Doris y yo nos alojamos en él. Era igual aquél que otro hotel de la capital, porque no teníamos una idea preconcebida. Nuestro deseo era, simplemente, alojarnos en algún punto de la ciudad y esperar allí a que el hilo suelto del ovillo fuese dando de sí y conduciéndonos a alguna parte en concreto.

A qué parte podía conducirnos, era algo que ignorábamos completa, totalmente. Pero que había que alcanzar fuese como fuese, mientras existiera un solo indicio, un camino a seguir, bueno o malo, incierto o sin riesgos.

Nos inscribimos en el hotel Darío, igual que en el Jordán de la capital jordana. Cliff Saxon y su secretaria, Doris Prentice. Allí, nadie nos habló de Judd Munro y de su esposa Dana. Evidentemente, no habían ido a hotel alguno, existiendo un Palacio Munro en la ciudad.

Doris, una vez aposentada, pasó a mi apartamento, tras golpear discretamente en la puerta. Se acomodó en una butaca de cuero, mirándome pensativa. Su pregunta podía esperarse de antemano:

—¿Y ahora, Cliff?

Me encogí de hombros, paseando por la estancia. Contemplé Teherán desde el ventanal asomado a aquella ciudad, la más importante del imperio iraní, aparte de ser la capital gubernamental del mismo. Sus casi setecientos mil habitantes, le conferían ese indiscutible honor.

—Ahora, a buscar en el punto clave: el Palacio Munro —dije.

—¿Te atreverás a ir allí? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí. Tengo que hacerlo.

—¿Personal, directamente? —insistió ella.

—¿Por qué no?

—Es muy arriesgado. Podría ir yo primero, con cualquier pretexto, y tú esperar en alguna parte. No creo que consiguieras nada positivo si vas personalmente en principio. Te identificarán, y negarán saber nada. Rechazarán tus argumentos. En suma, no sería

una táctica apropiada, Cliff.

—Posiblemente no, pero es la única. Tengo que arriesgarme. Tal vez mi presencia aquí les preocupe, les haga dar un paso en falso... En fin, es posible que la sorpresa de también sus resultados.

—Sí, es posible. Pero también es peligroso.

—¿Peligroso?

—Para ti, por supuesto. Podrían intentar deshacerse de ti, pensando que vuelves para acusarles de algo, que quizá recuerdas lo que sucedió...

—¿Qué sugieres tú, entonces? —Sentí picada mi curiosidad, contemplándola abstraído.

Y ella me lo dijo:

—Iniciar la maniobra con una acción de tanteo. Yo seré la avanzadilla. Luego, tú puedes descargar el golpe de efecto...

—Conforme. Iremos los dos a ese lugar. Yo esperaré a que te aproximes y preguntes, a que averigües algo o fracasas. Y entonces yo entraré en acción...

Doris asintió. Le brillaron los ojos de excitación ante la posibilidad de que pudiese serme útil, de que ella tuviera parte activa en la aventura, siquiera fuese ayudándome a mí en una coyuntura de la misma.

Pero me creí obligado a recordarle algo que ella misma me había hecho observar poco antes:

—Ten cuidado, Doris. Esto es peligroso...

—Lo sé —dijo ella con sencillez. Y no revelaba temor alguno cuando le admitió, apacible y risueña.

No era exactamente un palacio, pero se le parecía mucho.

Se trataba de un edificio antiguo, una residencia de auténtico estilo imperial, mezcla de influencias orientales y occidentales. Con dos plantas, rodeada de una verja, con frondosos jardines y una amplia puerta metálica, de hierro forjado.

Se leía sobre esa misma puerta, ostensiblemente: «Palacio Munro».

Ignoraba si ese nombre se aplicó antes o después, en el momento de levantar el edificio, o bien cuando éste fue posteriormente adquirido por esta familia Munro, a la que, sorprendentemente, parecía haber pertenecido yo durante dos meses de paréntesis.

Nadie puede pertenecer a una familia de forma repentina y

provisional, para volver luego a ser quien era, a no ser que se case con alguien de esa familia, cuando es un miembro del sexo femenino. En el caso de un hombre, no tiene procedimiento posible. ¿Cómo, por tanto, pude yo ser un Munro?

¿Había alguien tan asombrosamente parecido a mí que todos podían confundirnos fácilmente? Pero, en ese caso, ¿por qué coincidió todo ello con mi espacio de tiempo en blanco?

Era algo que no tenía lógica. Pero todo el asunto carecía de esa lógica desde su mismo principio.

Desde el automóvil, situado tras el cristal alzado de la ventanilla, sin apenas asomar el morro del coche alquilado en una empresa de arrendamiento de coches de segunda mano de la capital iraní, seguí atentamente los pasos de Doris hasta la entrada misma del palacio.

La vi detenerse ante esa puerta. La vi tirar de un llamador, situado junto a la misma puerta de hierro forjado.

Esperó Doris largo tiempo sin ser atendida, pese a que repitió la llamada. Luego, se apoyó en las hojas de hierro, impaciente.

Las puertas cedieron suave, lentamente, chirriando sobre la gravilla del sendero que, desde la acera de la Maidan Baharestan, conducía al interior de la finca, serpenteando entre rosales, macizos de arbustos y setos bien recortados.

Doris se quedó ligeramente sorprendida, como yo mismo desde el coche. Quise advertirla, pedirle que no hiciera lo que sospeché que iba a hacer.

Abrí la portezuela, me dispuse a salir en busca de ella, pero era tarde.

Doris había entrado en la finca sin esperar a más.

Terminó de empujar la puerta y se perdió por el sendero, caminando lenta pero resueltamente.

Ya no podía hacer nada, salvo ir en pos de ella. Eso podía no ser conveniente aún, pese a que no me gustaba que ella se arriesgase excesivamente dentro de aquella propiedad donde, indudablemente, no todo podía estar claro, dadas las circunstancias que rodeaban la existencia de los Munro. Fuesen quienes fuesen y ocurriera lo que ocurriese...

Encendí un cigarrillo, consultando mi reloj de pulsera. Eran exactamente en estos momentos las cinco de la tarde. El sol iraní

doraba las plantas y hacía brillar los metales de adorno, con unos suaves tonos entre rojizos y amarillos. Calculé lo que podía tardar ella en llegar al edificio de la finca, ser atendida y volver. No más de diez minutos, ciertamente.

Es lo que esperaba. Ni un solo minuto más. Si en diez minutos ella no volvía, sería yo quien entrase en la finca, a todo riesgo.

El cigarrillo solo duró tres minutos. Encendí otro. Y otro. Cuando aplasté la punta del último en el cenicero del automóvil, eran casi los diez minutos.

Doris no había vuelto aún.

Parsimoniosamente, abrí la portezuela del coche. Comprobé que llevaba mi arma automática bajo la americana. Caminé lento, sin prisas aparentes, aunque con los nervios en tensión, hacia la verja de acceso al Palacio Munro.

Por el bien de todos esperaba que a Doris no le hubiera sucedido nada. En primer lugar, por ella misma. En segundo, por quienes pudieran haberle causado daño. Era algo que no perdonaría. Algo que haría pagar violentamente, sin duda alguna. Mataría a cualquiera que hiciese daño a Doris, eso lo tenía bien decidido en mi mente.

Paso a paso, crucé la calle adyacente, rodeé despacio las amplias aceras de la extensa plaza, y me detuve ante la puerta abierta de la verja.

Iba a entrar ya, cuando vi aparecer a Doris en el sendero. Ella se detuvo. Me miró en silencio. Me hizo un gesto, llevando el dedo a los labios. La forma más expresiva y elemental de indicarle a uno silencio. Y respeté esa petición de Doris. Por algo lo diría ella.

Me sorprendió más ver su gesto inmediato. Me señaló que acudiera hacia ella, que entrase en la propiedad. La obedecí, con cautela. Alrededor mío, el jardín era una mezcla suave de dorados y verdes, con las salpicaduras de las flores, rojas y amarillas, blancas y rosadas.

Doris me hacía señas enérgicas de que la siguiera, pero no hablaba. La obedecí, preguntándome qué sucedería allí. No hice preguntas ni levanté la voz, ya que ella parecía desear mejor el silencio, y sus razones tendría para ello.

La alcancé en el claro, frente al porche de la casa, donde se abría una puerta de vidrios de colores, entre ventanales enrejados para

seguridad del edificio.

La puerta estaba abierta. De ella colgaba algo: un crespón negro, en forma de lazo.

Enarqué las cejas. Tomé por el brazo a Doris.

—¿Qué significa...? —Comencé a preguntar.

—No hables —me pidió ella, con un gesto—. Sígueme, Cliff...

Perplejo, la obedecí nuevamente. Entré con ella en el edificio. Avancé hacia el lugar adonde ella me conducía, muy segura de sí, por entre amplios salones que tampoco me dijeron nada ni me dieron pista alguna aprovechable para mis dormidos recuerdos. El subconsciente siguió sin despertar. No recibí ninguna señal clara del fondo de mi cerebro.

Llegamos al fin ante una nueva puerta vidriera, deslizante, donde aparecía otro negro crespón, con un ramillete de flores amarillas. No había visto a nadie hasta entonces, ni había escuchado voz alguna, ni descubierto huella de ser viviente en la casa.

Ahora fue diferente. Se percibía un murmullo, un rumor de voces apagadas, suavísimas. Como un mosconeo humano, allá en la distancia, igual que una fantástica melodía de fondo, monocorde y rítmica.

Doris me señaló la puerta vidriera entreabierta. Me acerqué. Asomé a ella, a indicación siempre de ella.

Ya no me sorprendió, a la vista de los indicios, descubrir dentro de una amplia cámara un grupo de personas vestidas de negro, situadas ante algo que ocupaba el centro de la estancia. Eran aquellas personas las que emitían el murmullo continuado.

Eran rezos, salmos o algo así. Había iraníes de piel oscura, pero también occidentales, gente europea, americana o lo que fuese, uniendo sus rezos a los demás.

Y en medio de la sala, el féretro, sobre un soporte cubierto por un espeso paño violáceo. El féretro, con alguien dentro. Alguien muerto...

Cambié una mirada perpleja con Doris. Habíamos ido allí en busca de una pista, de una orientación..., y encontrábamos la muerte. Encontrábamos un extraño funeral.

Pero un funeral, ¿por quién?

Miré a Doris. Ella entendió mi muda pregunta, lo observé en su

expresión, en su forma de mover la cabeza y susurrar:

—Es una mujer...

—Una mujer... —Miré hacia el féretro. Descubrí, dando un paso más, que era realmente una mujer. Joven, hermosa, de céreo rostro, de cabellos oscuros, de expresión apacible, como si durmiese, en vez de estar ya en el eterno reposo—. Cielos, ¿quién podrá ser?...

—¿Es que no la conoce ya, señor Munro? —Sonó la voz a mis espaldas, en un murmullo suave y escalofriante—. ¿Es que no conoce usted a su propia esposa Dana Munro?

Doris y yo nos volvimos, con sobresalto.

Contemplé, asombrado, a aquel hombre alto, fuerte, de ojos muy azules y fríos, de cabellos oscuros, salpicados con dos amplias manchas de cañas blancas, como dos lunares, de elegante y sobrio traje negro...

—¿Cómo ha dicho? —mascullé—. ¿Quién es usted?

—¿También a mí me ha olvidado ya, señor Munro? —Había sarcasmo en su voz. Sus ojos eran como trozos de hielo fijos en mí—. ¿Ya olvidó a su fiel secretario Stuart Hedren?

Me quedé de una pieza. Retrocedí, golpeando sin querer la puerta vidriera. Hubo un siseo. Todos se volvieron, reprochando el ruido. Les miré cara a cara. Aquel grupo de rostros tristes y pálidos se fijaron en mí.

Y emitieron unas mismas frases, como si formara parte del coro de lamentos del funeral:

—¡Judd Munro! ¡Usted, señor Munro!... Ha vuelto...

Contemplé largamente a la mujer muerta. Alcé la cabeza. Pregunté, con voz fría:

—¿Qué ocurrió realmente?

Stuart Hedren se encogió de hombros, indiferente.

—Usted lo ha visto ya. Ella ha muerto...

—Sí, sí, eso lo entiendo bien —asentí, áspero—. Sé lo que es un muerto, señor Hedren. Me refiero a las causas. ¿Cómo murió Dana Munro?

—¿Le interesa mucho realmente? —me replicó.

—Me interesa mucho, en efecto.

—Usted ha repetido una y mil veces ya que no es Judd Munro. Todos los que estaban presentes aquí, llorando a la señora Munro, han podido oírle claramente —señaló la cámara mortuoria, ya vacía

de gente, con la excepción del propio Hedren, Doris, yo y ella, la muerta, en su lecho para la eternidad—. ¿Por qué le preocupa tanto su muerte, si niega ser su esposo, si niega ser el que todos conocemos y hemos conocido como marido de la señora Munro?

—Porque he dicho la verdad —sostuve fríamente—. No sé si usted está al tanto de eso o no. Lo que sí sé es que mi nombre es Clifford Saxon, y no Judd Munro. Puede que haya alguien increíblemente parecido a mí. Sólo le aseguro que yo no soy esa persona.

—Nunca vi parecidos así, salvo en la ficción —replicó Hedren con voz glacial—. Su explicación no va a convencernos a nadie. Es su voz, su rostro, su figura, su modo de hablar, de moverse. No hay ninguna duda en nadie. Usted es Judd Munro.

Resoplé, irritado. Casi grité, olvidándome de la muerta:

—¡Dejemos eso, señor Hedren! ¡Dejemos eso, por Dios, y respóndame a mis preguntas! ¿Qué ocurrió para que ella muriese tan joven? ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Qué enfermedad contrajo?

Stuart Hedren movió lentamente la cabeza, con aire pensativo. Su mirada era sombría al responderme:

—Ella no murió de enfermedad alguna, señor Munro... Ella... se ahorcó. Se ahorcó porque usted no volvía a su lado. Es un suicidio... Y usted es el responsable.

VIII

AHMID Rasar nos contempló a todos en silencio.

—No entiendo una sola palabra —confesó, al fin, estupefacto, en un inglés bastante aceptable.

Resoplé yo, soltando una breve y dura risa entre dientes.

—Lo sorprendente sería que lo entendiera, «say-yidi».

Rasar —dije ásperamente.

El oficial de la Policía iraní me devolvió mis documentos. Luego, miró fijamente a Stuart Hedren.

—Usted afirma que él es Judd Munro, señor Hedren.

—Sí, eso afirmo.

—Él, asegura ser Clifford Saxon.

—Exacto —convine.

—Los documentos que acabo de ver responden, exactamente, al hombre llamado Clifford Saxon. Es agente especial de la Oficina Federal de Investigación, aunque ahora esté de vacaciones, y, sin lugar a dudas, todo coincide. Las huellas dactilares son las suyas. Su pasaporte es correcto, y la llamada a la Embajada de los Estados Unidos en Teherán, acaba de confirmar esos extremos. El señor Saxon, del

F. B. I.,

norteamericano, en viaje de placer, está en Irán actualmente. De modo que veo muy débil su afirmación.

—Oficial Rasar, yo podría probarle con cien testigos que él es Judd Munro, el marido de la difunta señora Munro.

—Los testigos pueden equivocarse —suspiró, tranquilo, el oficial de la Policía de Teherán—. Unas huellas dactilares y un Gobierno, rara vez podrían equivocarse, por no decir ninguna.

—Pero era él su marido, mi jefe... —argumentó desesperado Hedren, señalándome—. Lo recuerdo muy bien... Hace poco más de diez días que desapareció súbitamente el señor Munro... Y de pronto reaparece, diciendo ser el ciudadano americano Saxon, pero aparece casualmente en la vivienda donde la señora Munro acaba de morir, suicidándose al verse abandonada tan poco tiempo después de la boda...

—¿Cuándo me casé yo con la señora Munro, según su teoría, señor Hedren? —indagué.

Me miró, pensativo, preocupado.

—Señor Munro o señor Saxon, yo no sé lo que se trae usted entre manos o lo que realmente está sucediendo aquí, pero Dana Munro y usted se casaron hace exactamente dos meses y diez días, en

Tel-Aviv.

Tel-Aviv... Dos meses y diez días. En esa fecha, estaba yo llegando o había llegado a Bagdad. ¿Cómo podía estar poco después, casándome en

Tel-Aviv,

para volver a Ammán, en Jordania? ¿Cómo era todo eso posible, en realidad?

Pero las fechas coincidían. Mi sorpresa era evidente, y el estupor de Ahmid Rasar, el oficial de la Policía iraní, perfectamente comprensible. No envidiaba su posición, teniendo que resolver si yo era Saxon o Munro. Eso era algo que, con el corazón en la mano, y respecto a aquellos dos meses fatídicos, yo tampoco hubiera podido asegurar.

—Explíqueme el asunto, Hedren —pedí, frío—. Es lo único que le pido. ¿Desde cuándo asegura estar usted a mi servicio, como ha dicho, en calidad de secretario particular?

Me miró, asombrado, como si le pareciese inconcebible que yo dijera una cosa así con tal cinismo. Lo cierto es que no hice gesto alguno, esperando que, realmente, algo de todo aquel enredo increíble pudiera aclararse.

Stuart Hedren se irguió, altivo. Comenzó a hablar con aire arrogante, como si todo aquello le irritase, y la posibilidad de poner en duda sus palabras pudiera ofenderle profundamente.

—Señor, yo solamente digo la verdad en este terreno —aseguró

con tono hosco—. No he mentido absolutamente en nada. Soy secretario particular de los Munro durante mucho tiempo. Exactamente, cuatro años llevo en el cargo.

—Cuatro años... ¿A mi servicio? ¿Al servicio de Judd Munro?

—Naturalmente que no. Al servicio de su prima y esposa, Dana Saint Marie Munro, con quien usted se casó —me dijo él secamente.

—Dana Saint Marie Munro... —reflexioné—. De modo que, aun sin ser esposa de Judd Munro, ella era una Munro.

—Hija de otra Munro que se casó con Albert Saint Mane, un rico canadiense. Allí nació Dana, como nació Judd Munro, usted... —me señaló, obstinado—. Y tras muchos años de correspondencia mutua, de amistad profunda y de afecto, resolvieron casarse. Dana Munro le llamó a usted al Canadá. Usted vino aquí, se reunió con ella, se casaron en

Tel-Aviv,

donde se reunieron ambos, y luego vinieron al viejo palacio de Teherán a seguir su vida, tras un viaje de novios por diversos países de Oriente. Supongo que es inútil referir toda esta historia, porque usted la conoce ya muy bien, señor. Pero ya que el oficial Ahmid Rasar la desconoce, será buena cosa que la relate aquí.

—De modo que nadie vio a Judd Munro... salvo en esos dos meses en que apareció en

Tel-Aviv,

Bagdad, Ammán, Teherán y otros puntos de Oriente Medio —señalé con voz sorda.

—Por supuesto. Antes, estaba usted en sus tierras del Canadá, pero Dana le conocía, como yo mismo, a través de la correspondencia, del contacto a distancia, de fotografías...

—Fotografías... —Miré vivamente a Medren—. ¿Vio usted alguna de esas fotografías cuando llegaron del Canadá?

—Claro que las vi. Varias, y todas ellas muy claras. Eran suyas, señor.

—Mías... De modo que el hombre fotografiado era yo.

—Sí, por supuesto.

—O parecía ser yo —rectifiqué—. La semejanza entre dos personas es difícil que llegue a ser tan grande. Entre una persona real y otra fotografiada, la semejanza puede ser mucho menor, pero, sin embargo, coincidir en ciertas cosas, de modo que parezca ser el

hombre el mismo de las fotografías, sin serlo.

—En ese caso, usted sería un farsante y vino aquí fingiendo ser Judd Munro, sin serlo realmente, señor —me avisó con hostilidad Hedren.

Le miré con igual beligerancia que él a mí. Ninguno de los dos simpatizábamos, al menos en estos momentos, eso resultaba evidente.

—Lo cierto es que alguien me vio con pasaporte canadiense, con mi nombre y mi fotografía, junto a Dana Munro, en Jerusalén y en Jericó... Eso resulta extraño. Yo no sé nada de esa historia. Por tanto, si alguien me hizo pasar por Judd Munro, fue intencionadamente.

—¿Intencionadamente? —se extrañó Hedren—. ¿Para qué y por qué? Y, sobre todo..., ¿por quién?

—Evidentemente, por el propio Judd Munro —dije con frialdad.

Y esta vez sí que Ahmid Rasar, el oficial de la Policía iraní, demostró con un gesto estar más cerca que nunca de la demencia, al escuchar semejantes cosas a unos y otros.

Conduje a través del tráfico bastante copioso del centro urbano de Teherán, de regreso a la casa de los Munro.

Doris iba a mi lado, silenciosa y pensativa. Detrás, viajaban Stuart Hedren y el oficial de Policía Ahmir Rasar. Nos escoltaba un «jeep» con cuatro agentes uniformados de la Policía iraní.

—Espero que sepa lo que está haciendo —dijo, tras un silencio, Hedren.

Moví la cabeza afirmativamente, dirigiendo una ojeada por el retrovisor al asiento trasero. La mirada muy azul de Hedren se cruzó con la mía, sin la menor expresión amistosa.

—Creo que hay muchas cosas por aclarar, y urge dejarlas resueltas lo antes posible —señalé—. Una de las cosas que no está nada clara, es la razón que pudo tener alguien para hacer aparecer y desaparecer a Judd Munro durante sólo dos meses... en tanto yo perdía mi memoria de forma temporal. Son dos sucesos que tienen que estar forzosamente ligados entre sí...

—Entiendo —asintió el oficial iraní—. Usted cree que puede haber en todo esto un... un complot.

—Exacto. Un complot. Primero pensé si ese complot sería contra

mí. Ahora pienso que pudiera ser contra Dana Munro, engañándola con un falso primo a quien se unió, y que ese falso primo era yo. Suponiendo que fuese yo, realmente...

—¿Qué podría buscar Munro buscándose un «doble» para engañar a su futura esposa?

—Eso me tiene profundamente intrigado —admití—. Y más aún que ese «doble» fuese precisamente yo... ¿Cómo hubiera podido localizarme él, cómo decidir que yo ocupara su lugar en esa absurda trama?

—Acaso le vio en alguna parte, casualmente —sugirió Ahmir Rasar—. ¿No dice usted que lo último que recuerda de su viaje es la ciudad de El Cairo, antes del vuelo a Bagdad? Supongamos que en El Cairo le localizó de forma accidental y pensó en la suplantación...

—Insisto: ¿con qué motivo? —replicó acremente Stuart Medren.

—Dejaremos aparte los motivos, por ahora —le sugerí—. Eso simplificará las cosas. En su momento, analizaremos las posibles causas de todo cuanto sucedió...

Hubo un general asentimiento por parte de Doris, del policía e incluso del propio Hedren.

—Convenido. Dejemos los motivos —habló Hedren, nada convencido—. Ahora, acláreme eso. ¿Qué hizo exactamente Judd Munro para suplantar su personalidad con la de otra persona semejante a él? ¿Le secuestró, como si fuese usted un niño indefenso o una doncella débil y sin recursos? Eso suena bastante extraño, si usted es precisamente un policía, un agente federal norteamericano, señor Saxon.

—Ciertamente, no recuerdo ningún secuestro, ninguna violencia. Sólo el vuelo, la ciudad de Bagdad a mis pies... —arrugué el ceño—. Acaso me dormí entonces.

—¿Dormirse? —dudó Hedren, perplejo—. Estaba llegando al final del viaje. Nadie se duerme en esos momentos...

—Yo me refería a un sueño artificial —sonreí—. Un sueño inesperado, profundo, un sueño que anuló repentinamente mi personalidad y mi voluntad.

—¿Hipnosis o narcótico? —sugirió Doris vivamente.

—Cualquiera de ambas cosas —admití—. Eso sería sólo el principio. Luego, la hipnosis o el narcótico, una vez me dejaron

inconsciente, ya no tenía utilidad. Procedieron, de algún modo, a hacerme olvidar el pasado e incluso quién era yo. Me dieron la falsa identidad de otro hombre. Sucedió lo que fuese..., y he aquí que, de pronto, cumplido el tiempo que el auténtico Judd Munro podía necesitar para cumplir sus objetivos, yo volví a ser Clifford Saxon, pero no antes de llevar a cabo conmigo un «lavado de cerebro» o procedimiento similar.

—Muy complicado y fantástico —señaló Hedren, escéptico—. Suena a un romance novelesco, de espías y de ciencia-ficción.

—En nuestro tiempo, la ciencia-ficción y los espías, como muchas otras cosas, no son simple novelería. Existen realmente métodos asombrosos de influencia en la mente y la voluntad del ser humano. Existen tenebrosos secretos que pueden requerir la utilización de procedimientos increíbles en otras épocas.

—Pero usted estaba de vacaciones. ¿Por qué podía tener nadie interés en ocuparse precisamente de usted? —señaló el policía iraní.

—Por entonces no estaba realmente de vacaciones —le sonreí al representante de la Ley—. Iba tras una organización internacional de traficantes de drogas.

—Oh, entiendo. ¿Fracasó en la misión?

—Fracasé yo, pero otro camarada lo resolvió todo. Al parecer, no había conexión entre ese asunto y lo que a mi pudo ocurrirme.

—¿Entonces...?

—Seguimos hablando de Judd Munro, no de mí. Imaginemos que era él la figura central del juego, el personaje principal de la historia, y yo solamente un comparsa casual y afortunado para él.

—Judd Munro no creo que estuviese mezclado en nada delictivo —rechazó Hedren—. Su prima Dana le conocía bien, a través del correo, de cuánto de él sabía. Sus negocios en Canadá, su fortuna propia... Judd Munro fue siempre un hombre aburguesado, lejos de la violencia y de los actos criminales.

—Mucha gente parece vivir aburguesadamente en un ambiente apacible, y es en realidad todo lo contrario, señor Hedren —le recordé—. Usted acaba de decir que Judd Munro poseía negocios y dinero propios. ¿Y la señora Munro? ¿Qué posición social y económica era la suya en Teherán?

—Envidiable —fue el policía Ahmir Rasar quien terció en la conversación, sin haber sido interrogado—. Era muy rica. Creo que

inmensamente rica, en realidad.

—¿De veras? —Levanté mis cejas en un gesto que casi era diabólico, visto en el retrovisor.

—Habladurías de la gente —rechazó Hedren, escéptico—. Siempre exageran en esas cosas.

—¿Usted cree? —dudó Ahmir Rasar—. Ella pagaba grandes impuestos al Gobierno de su majestad imperial el *Sha*. Eso quería decir que su fortuna era grande. Además, tiene negocios en muchas partes del mundo.

—¿Del mundo? —me sorprendí.

—Oh, sí. No sólo Oriente Medio y Europa, sino en la India, en Ceylán, en Pakistán...

—Cielos, oficial Rasar, ella nunca me habló a mí de todo eso, y yo era su secretario particular, como pasé a serlo luego de ambos, de ella y su flamante esposo... Creo que ahí sí entra la imaginación de las gentes...

—Mis informes son correctos y confidenciales, señor Hedren —se sintió irritado Ahmid Rasar por ponerse en duda sus palabras—. Hubo tiempo en que se pensó que la señora Munro llevaba a cabo una evasión de divisas, y se investigaron sus negocios, propios o asociados. Todo cuanto supimos, se comprobó minuciosamente con los respectivos Gobiernos, sin llegar a enterarse ella ni sus asociados. Y todo era legal en apariencia, de modo que dejamos de ocuparnos de ella.

—Ha mencionado dos veces la palabra «asociados» —señalé, pensativo—. ¿A quiénes se refería exactamente?

—Creo que todo eso no conduce a nada y nos desvía del asunto —se quejó Hedren.

—Por el contrario, creo que puede llevarnos a algún punto que aclare muchos otros —repliqué—. Oficial Rasar, por favor, ¿qué «asociados» eran éstos?

—Tenía algunas empresas europeas y de Oriente Medio con las que formaba simple sociedad. Así, la Anglo-internacional de Exportaciones, de Estambul y de Atenas, con oficinas en Londres. La «Arabian Incorporated», de manufacturas metálicas electrodomésticas, y, sobre todo, una fuerte entidad con sede en Calcuta y en otros puntos de Asia: las líneas de transportes aéreos y marítimos denominada «Transworld Asiatic Trades».

Emití un silbido. Todo eso significaba mucho dinero. Miré a Hedren de soslayo. Parecía tan sorprendido como yo mismo.

—Eso significa una inmensa fortuna. Y medios ilimitados de conseguir más dinero...

—Demasiado dinero, incluso —gimió Hedren—. Ella no llevaba contabilidad alguna de tales negocios, que yo sepa.

—Tal vez la llevaba secretamente, en algún otro lugar del mundo, con personal especialmente contratado para ello. Al parecer, a Dana Munro no le gustaba alardear de su fortuna y de sus negocios... Era como si se tratase de algo que convenía mantener en el mayor misterio, no sé por qué. Nosotros mismos, de no mediar esas sospechas de evasión de divisas, no hubiéramos investigado. Pero, naturalmente, tampoco el tener muchos negocios cuantiosos es un delito, cuando esos negocios están en el extranjero y ella ingresa en esos países el dinero de sus beneficios, y paga los impuestos a dichos Gobiernos. No es cosa que afecte directamente a los intereses del Gobierno iraní, ciertamente.

—Sí, entiendo eso, oficial Rasar —acepté—. En cuanto a esos negocios asociados, supongo que no tendrá usted gran idea de sus identidades.

—De algunos de ellos, no. De la persona asociada con ella en dos de los negocios citados, sí puedo darle el nombre.

—Me gustaría conocerlo, sólo por curiosidad —comenté.

El oficial me lo facilitó sin rodeos:

—El presidente y socio principal de la «Arabian Incorporated» de Manufacturas Metálicas Electrodomésticas, y a la vez primer accionista y director general de la «Transworld Asiatic Trades» de transportes comerciales por mar y aire, es una misma persona de fortuna incalculable y de personalidad bastante enigmática y poco conocida: emir Lasha Din.

—Emir Lasha Din... —reflexioné—. ¿Un emir oriental realmente?

—Hindú. Rige el pequeño pero riquísimo emirato de Brahma, al término mismo del río Brahmaputra, al nordeste de la India, ya cerca de la frontera china...

—El emirato de Brahma, al nordeste de la India... —murmuré—. Y cerca de la frontera China... ¿Tan lejos está el socio principal de Dana Munro?

—Suenan a cuento oriental para niños —masculló Hedren, sacudiendo la cabeza—. No creo una sola palabra de la historia...

—Eso está rigurosamente comprobado ahora —replicó fríamente Ahmid Rasar.

—Y toda la enorme fortuna de Dana Munro, socio de ese fantástico emir lejano..., es ahora de Judd Munro, conforme a la Ley —señalé con voz grave.

Ahmid me miró con curiosidad a través del retrovisor.

—Exacto —afirmó—. ¿Adónde le lleva a parar eso, señor Saxon?

—Aquí —detuve el coche, frenándolo bruscamente frente al Palacio Munro. Señalé a su edificio, a su verja y jardines, ya casi absorbidos por la oscuridad de la caída de la noche—. Nuevamente a la residencia Munro. A Dana Munro, que ha muerto ahorcada súbitamente.

—No entiendo...

—Oficial, yo le aseguro que Dana Munro no se suicidó. Fue asesinada por Judd Munro...

IX

CERRÉ el emisor-receptor de radio.

Acababa de informar a una estación-escucha del F. B. I., en Oriente Medio, transmitiéndole en clave lo averiguado últimamente sobre los Munro. No era mucho, pero era algo. Ellos debían averiguar; lo que fuese sobre los negocios fabulosos de Dana Munro y sus asociados, especialmente aquel asociado oriental, el emir Lash Din, del emirato de Brahma.

Doris me contempló, fumando nerviosa su cigarrillo. No parecía preocupada por estar de noche en mi propio dormitorio, vestida con aquel pijama de pantalón corto, fresco y ligero, color rosa y plata, que tan bien se amoldaba a sus deliciosas formas de mujer joven y pletórica de vitalidad y «sexy».

Evidentemente, sabía que el menos peligroso allí era yo. Tenía confianza en mi honradez, como yo en la suya. Las circunstancias hacían que, en estos momentos, ambos charláramos como dos compañeros, casi olvidándonos mutuamente de nuestra condición de prometidos, de novios con la boda rota por la intervención de la sorprendente señora Robinsón, la peregrina de los Santos Lugares que, al ver mi foto en los periódicos, había acudido al templo a impedir la boda que se anunciaba, y que me hubiera convertido, al parecer, en un bígamo.

Ahora, mi supuesta esposa ya no existía. Por tanto, no había obstáculo alguno, legal ni moral que se interpusiera entre Doris y yo. Sin embargo, aún flotaba una sombra entre ambos.

—Me pregunto si llegaste a estar realmente casado con ella, Cliff —oí su voz, inquieta.

—Sólo Dios lo sabe —me encogí de hombros, encendiendo a mi

vez un cigarrillo, perdida la vista en el ventilador que giraba sobre nuestras cabezas en el cuarto del hotel—. La que podía decirlo, ha muerto. Stuart Hedren fue testigo de la boda, pero no puedo fiarme de él ciegamente. ¿Vio al auténtico Judd Munro, o fue a mí al que él vio casarse con Dana? La incógnita está ahí.

—Hablaba desde el punto de vista sentimental, Cliff —me dijo Doris inesperadamente—. Si fuiste su marido, tú... tú habrías pertenecido a otra mujer antes de casarte conmigo, si es que eso llega alguna vez... Quizá incluso la amaste y ella te amó, en esa corta vida tuya que no recuerdas...

—Imposible —rechacé—. Si todo ocurrió como parece, yo era un personaje artificial, inexistente. No pude sentir nada por ella, ni ella por mí. Formé parte de algo, una conspiración o una trampa inexplicable por el momento.

—Si pudiera estar segura de eso... —susurró—. Imagina que tu subconsciente se libera de sus ataduras, y súbitamente lo recuerdas todo. Imagina que, entonces, cambian tus sentimientos, porque recuerdas a esa mujer...

—No ha lugar a hablar de eso, Doris. El caso no se ha presentado aún. No creo, siquiera, que llegue a presentarse jamás...

—Dios mío, me gustaría conocer ese fragmento de tu vida, ese espacio en blanco, que nadie sabe lo que puede contener... Es una trama diabólica, Cliff. ¿Qué puede significar todo esto?

—No sé. Veo algo extraño, pero no logro identificar lo que es. Hoy mismo, cuando íbamos con el oficial de la Policía iraní hacia el Palacio Munro, él mencionó algo que, por un fugaz momento, provocó algo en mi mente.

—¿De veras? —Doris se volvió en redondo, para mirarme con asombro y con excitación—. ¿Qué te provocó en realidad?

—Es difícil definirlo. Fue como un recuerdo, como un chispazo. Algo que, súbitamente, me resultó familiar, pero que en seguida se borró de mi cerebro, cuando él prosiguió hablando. Y juraría que el fenómeno se repitió dos veces, pero no sabría decirte cuándo...

—Es preciso que lo recuerdes, Cliff —me apremió ella, viniendo hasta mí, echándose de rodillas a mis pies, aferrándose a mis rodillas, enérgicamente—. Date cuenta que es la primera vez que reaccionas a algo, que alguna cosa provoca tus recuerdos, tu sensibilidad mental... Por Dios, Cliff, inténtalo. Procura centrar esas

ideas, procura hallar la solución. ¿En qué consistió tu reacción, qué notaste realmente?

—Noté, noté ese ramalazo de compresión, como un recuerdo, como algo que uno evoca de repente...

—Sí, sí. Pero ¿estás seguro de que era un recuerdo?

—Tenía que serlo. Algo que, tal vez, estaba dormido en mi mente. Algo que no logro definir, pero que está ahí en...

—En tu subconsciente —completó ella—. Sí, Cliff. Creo que estás cerca de una solución, aunque no sepa cuál es. Resulta importante que recuerdes, que sepas que hay algo en lo que mencionó Ahmir Rasar, que provocó tu reacción. Trataré de recordar todas y cada una de las cosas que él dijo. No sé si me acordaré de todo, pero si algo volviera a producirte esa impresión, avísame, hazme un gesto. Volveremos a ello entonces, insistiremos en ese tema..., y tal vez sea el hilo que desenvuelva el ovillo.

—Eres terriblemente freudiana —reí—. ¿Sabes que Freud probó la existencia de ideas replegadas en el subconsciente, gracias a un simple ovillo de lana roja, que tenía una hebra suelta, por la que se llegaba inevitablemente al fondo del ovillo?

—Sí, he oído esa anécdota. Pero no pensaba ahora en ella, sino simplemente en ti. En ti, Cliff...

Cogí sus manos calurosamente. Las oprimí. Me daba cuenta de todo lo que estaba dedicando de sus esfuerzos, de su tiempo, de sus desvelos, mi querida Doris, a la tarea de ayudarme, de cooperar conmigo en todo: en averiguar lo que ocurrió durante mi tiempo en blanco, en descubrir qué sucedía a mi alrededor, en limpiar mi mente de recovecos, de rincones oscuros.

No era fácil, pero por eso mismo resultaba aún más meritorio su afán incansable, sin desesperanzas ni decaimientos. Ella había renunciado a su tarea habitual en el periódico, había tomado aquellas vacaciones que reservábamos para nuestra luna de miel, y consumía su tiempo libre en viajar conmigo, para cooperar en todo, para aportar su grano de arena a una auténtica tarea de titanes como era aquélla...

Empezó a desgarnar lentamente palabras, frases, comentarios. Recordaba con relativa fidelidad muchos de los temas abordados por Ahmir Rasar, en su charla conmigo, durante el trayecto en automóvil.

Yo iba escuchando, indiferente a la mayoría de los temas. Súbitamente, sentí, experimenté aquel cosquilleo mental en el fondo de mi cerebro. Fue como un escalofrío, una lucecita titilando en el interior del cráneo, haciendo vibrar mis células.

—¡Ya! —musité.

Para entonces, ya se había detenido Doris, descubriendo acaso algo en mi gesto, en mi apariencia.

—Cliff... —musitó—. Cliff, por Dios... Acabas de... de recordar algo.

—Sí, creo que sí —hice un gesto desesperado—. Pero ya se fue de nuevo. ¿Qué era?

—No lo sé. Ignoro el momento preciso en que reaccionaste. Pero puedo intentarlo otra vez. Repetiré el último párrafo...

Lo repitió, calmamente ahora:

—La «Anglo-Internacional de Exportaciones» de Estambul y Atenas, con oficinas en Londres... La «Arabian Incorporated», empresa de manufacturas metálicas electrodomésticas, la...

Se detuvo otra vez. Yo había quedado rígido. Mis ojos debían brillar como carbones encendidos.

—¡Cliff! —exclamó—. Has vuelto a reaccionar...

—Sí asentí, apagada mi voz, estremecido por la tensión. —Fue eso... Eso último. Repítelo, por favor...

—«Arabian Incorporated», empresa de manufacturas metálicas electrodomésticas...

—«Arabian Incorporated»... —asentí—. Empresa de manufacturas metálicas electrodomésticas... —susurré—. Manufacturas metálicas... Un avión de carga... Un avión de... de la «Transworld Asiatic Trades»... Manufacturas Metálicas...

—¡Cliff, sigue, sigue! —me alentó ella—. ¿Qué recuerdas? ¿Qué pasó con ese avión y las Manufacturas Metálicas...? ¿Qué pasó, Cliff?...

—El avión... Los embalajes... ARMAS...

—¿Armas?

Se quedó ella perpleja, indecisa, mirándome con enorme estupor, sin entender lo que yo estaba diciendo, sin saber adónde iba a parar...

—Armas... —repetí, como sonámbulo. Cerré los ojos—. Puedo verlo... Armas... Armas saliendo del embalaje... El embalaje roto...

Los ojos verdes...

—¿Qué? —indagó ella vivamente.

—Los ojos verdes, Doris... A mi lado... en el avión... En el vuelo a Bagdad... Ella, la mujer de ojos verdes...

—¡Una mujer, Cliff! Sigue, sigue, por Dios. ¿Qué más?...

—Los ojos verdes mirándome sorprendidos... Yo, mirando al exterior, por la ventanilla... La caja de embalaje rota, metida apresuradamente a bordo del avión de carga... Los electrodomésticos... eran armas. Armas de fuego, automáticas... Una ametralladora moderna, último modelo... Y los ojos verdes... La mujer del asiento inmediato al mío...

—¡Sigue, Cliff! —me apremió ella.

—Ya no recuerdo más... —suspiré, abriendo los ojos—. Ya nada más...

—Cliff... Cliff, inténtalo. Un poco más...

—Imposible... —exhalé aliento con fuerza, me enjugué la piel, sudorosa y fría. Me puse en pie, aplasté un cigarrillo y encendí otro—. Imposible, Doris. Pero puede ser suficiente, ¿no lo entiendes?

—Sí, por supuesto que puede ser suficiente —admitió ella con viveza—. Puede ser la clave que buscábamos, el hilo del ovillo de Freud...

—Las armas, Doris... ¿Cómo no lo recordé antes? Las armas...

—Porque alguien impidió que lo recordaras. ¿Entiendes ahora? Viste algo que no debías haber visto. Sabían que eras agente federal. E impidieron que pudieras repetirlo a nadie.

—Pero... ¿cómo?

—Esa mujer, Cliff... La mujer de ojos verdes que dices. ¿No has recordado que era una mujer y estaba en el avión, sentada junto a ti?

—Sí, lo he recordado. Pero no recuerdo su rostro —reflexioné—. Solamente los ojos...

—Hipnosis, Cliff.

—Hipnosis... Sí, es posible. Lo pensé ya otras veces, pero no veía la razón... Hipnosis... Un avión saliendo de El Cairo, con una carga de electrodomésticos que no eran tales, sino armas rumbo a alguna parte, a algún país... El mayor negocio de nuestra época. La mayor y más cobarde y cruel felonía de muchas potencias y de otros pequeños comerciantes que se lucran con ese negocio basado en las

guerras y matanzas de los países adversarios...

—Armas para algún país, conducidas como electrodomésticos, a bordo de aviones de la «Trans-world Asiatic Trades»...

—Sí, Doris —asentí—. Y unos ojos verdes hipnotizándome, para luego convertirme, durante días, durante dos meses, en un personaje distinto. En alguien que nadie relacionaría con un agente federal desaparecido...

—Todo porque habías visto esas armas y debías olvidarlo. O debías morir...

—Lo extraño es eso, Doris: que no muriese, en vez de ser devuelto, con el «lavado de cerebro» o lo que ello pudiera ser...

—Es otro de los enigmas de este asunto, Cliff. Un enigma realmente inexplicable...

—Pero que hay que explicar, y pronto —dije abruptamente, dirigiéndome al teléfono, que descolgué resuelto.

—Cliff, ¿qué piensas hacer? —me preguntó ella.

—Una simple pregunta, Doris. Una pregunta al caballero Stuart Hedren, que conocerá la respuesta... —Marqué el número que Hedren me había dado aquella misma tarde, cuando nos separamos. Era el teléfono de una residencia que había arrendado para no quedarse a vivir en casa de la difunta Dana Munro, cuyo cadáver había pasado al Instituto Forense de Medicina Legal de Teherán, para su autopsia, tras mi denuncia de la existencia de un asesinato.

El teléfono repicó, allá al otro extremo del hilo. Lo oí durante cuatro veces, mientras Doris me aconsejaba en un susurro:

—No cometas imprudencias ahora, Cliff. Creo que cuanto más cerca estés de la solución, tanto más peligro existirá en torno tuyo,
...

—En torno nuestro, Doris —le recordé suavemente—. No olvides eso...

Al fin, descolgaron el teléfono. Una voz somnolienta preguntó:

—¿Quién llama? Aquí, Stuart Hedren...

—Hedren, soy Cliff Saxon.

—Oh, usted... Me costará trabajo no llamarle «Munro»... ¿Qué desea de mí a estas horas?

—Una simple respuesta, Hedren. Es una pregunta simple, sin importancia para usted.

—Hágala.

—¿Qué color tenía de ojos Dana Munro?

Un corto silencio. Hedren parecía sorprendido. Pero respondió, escueto:

—Verdes, Saxon. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, gracias —y colgué, sin más explicaciones.

Era difícil dormir.

La excitación interior me dominaba. No podía dejar de pensar en cosas y más cosas. Sentía no recordar otros detalles reveladores, pero quizá aquél, el último y borroso recuerdo del aeropuerto de El Cairo, cuando salíamos hacia Bagdad, podía ser suficiente.

Ahora recordaba las cosas de aquel viaje que alguien, no quiso que recordara; las armas, dentro de embalajes de artículos electrodomésticos para Asia... Una mujer a mi lado, de verdes ojos, cuyo rostro me era imposible recordar. Pero verdes fueron los ojos de Dana Munro, y ese color no es demasiado corriente en realidad.

Dos empresas en las que Dana Munro era parte asociada, mezcladas en aquel envío clandestino de armas, que los porteadores rápidamente ocultaron dentro del avión de carga, y que yo había visto fugazmente desde mi ventanilla. Una escena reveladora que yo podía referir luego, una vez en Bagdad, a las autoridades egipcias y, por ende, a todas las demás autoridades de los países de Oriente Medio. Sólo que la empresa «Transworld Asiatic Trades» hacía viajes por encima y hacía muchos países de Asia.

Dos empresas cómplices en el juego. Los electrodomésticos, embalando armas, y los aviones de carga, transportándolas a... ¿adonde?

Entonces, yo había sido secuestrado audazmente, en pleno vuelo, a la llegada a Bagdad. Hipnosis. Una fuerza hipnótica insospechada en unos verdes y bellos ojos de mujer, me habían reducido a la impotencia, y me habían hecho prisionero de alguien. Prisionero de una mujer... ¿De Dana Munro?

Sí, estaba seguro de eso. Como un juguete, había salido con ella del avión, habría sido conducido a alguna parte...

Entonces, me convirtieron en Judd Munro. Acaso me parecía a él, o acaso Dana trucó las fotografías para engañar a Stuart Hedren...

El caso era diferente. Radicalmente diferente a lo que yo imaginara, a todas mis teorías y las del oficial iraní Ahmid Rasar.

Diferente a todo lo imaginable, porque no había conspiración, ni maniobra relacionada con los narcóticos. Casualmente, yo, un agente federal, era testigo de un importante, quizá trascendental traslado de armas a alguna parte del mundo. Y yo tenía que callar, tenía que mantenerse oculta la noticia.

Pudieron matarme, pensé. Era raro que no lo hubieran hecho y, por el contrario, me dejaran con vida, dándome la ocasión de recordar quizá..., como acababa de recordar, aunque no fuese todo. Por supuesto, gracias a Doris.

Doris...

Pensé en ella, en la oscuridad de la habitación, mirando a las sombras del techo. Adorable criatura Doris. Increíble su fe, su energía, su firmeza en ayudarme, en tratar de serme útil en todo, por todos los medios humanamente posibles de que ella disponía en su corta posibilidad...

Doris...

Me incorporé. Caminé hacia el ventanal que asomaba a Teherán, inmediato al de ella, separada la barandilla mis de la suya solamente por unos pequeños arbustos y enredaderas. Respiré a pleno pulmón el aire de la noche, y viendo su ventanal abierto, musité débilmente:

—Doris, mi vida...

Naturalmente, ella debía dormir. Nadie contestó. Me acerqué a los arbustos y repetí, como una suave llamada, temeroso de despertarla, pero ávido a la vez de verla aparecer en la terraza:

—Doris... Doris, pequeña...

Me apoyé en la barandilla, mirando la vacía terraza inmediata, la habitación en sombras, la puerta-balcón abierta, frente a las luces, minaretes y cúpulas de Teherán, vivo contraste con las partes modernas, occidentales, rígidas y sin personalidad ni historia, de los nuevos distritos comerciales del centro urbano.

Entonces vi la prenda en el suelo, junto a la barandilla. Era un fragmento de tela rosada, brillante, con estrías plateadas.

Recordé su pijama corto, veraniego, fresco y ligero. Rosa y estrías de plata. Era un fragmento de su pijama. Un largo jirón de tela, junto a la barandilla. Miré abajo, a la calle situada a escasa distancia de los ventanales.

Otro jirón, otro trozo rosa y plata brillaba débilmente, herido

por la luna de Irán, en la noche tibia, aromática y suavemente iluminada por el claro de plata lunar.

Trozos de pijama de Doris. En el balcón, en la calle... ¿Por qué?

Repentinamente, tuve miedo. Miedo de algo intangible, peligroso, de algo que podía acechar en la sombra, allá frente a mí...

Miedo por Doris. Sólo por ella, no por mí. Recordé lo que ella había dicho esa misma noche: «Cliff, cuidado. Cada vez que te acerques más a una solución, el peligro aumenta...». Y mi respuesta a esas inteligentes palabras: «Doris, también tú puedes peligrar...».

Y parecía cierto, desgraciadamente. Me precipité de un salto, por encima de la barrera que formaba la barandilla florida de separación entre ambos apartamentos. Entré en el dormitorio de Doris, aun a riesgo de encontrarla allí acostada, sin dificultades, normalmente dormida, interrumpiendo torpemente su sueño.

No fue así. Lo temía, y lo comprobé en seguida.

Doris no estaba. No había ni rastro de ella.

La cama aparecía revuelta, la huella de su cuerpo en las sábanas. Había una lámpara volcada sobre la alfombra persa. Era ésta tan espesa que, sin duda, el objeto no produjo ruido. También cerca del ventanal. Había un banquillo forrado de piel, abatido. Sin duda, algo había ocurrido allí dentro. Algo violento.

—¡Doris! —rugí, saliendo disparado a la terraza nuevamente, asomándome, buscando una pista de su posible paradero—. ¡Doris, responde!...

En la noche de Teherán, bajo la luna oriental, nadie respondió. Ni yo lo esperaba, en realidad.

Volví al interior de la habitación. Encendí las luces con rabia. Entonces vi el sobre, situado encima del tocador de Doris, ante el espejo.

Era un sobre de gran tamaño, con letras rojas trazadas con rotulador sobre su superficie blanca, rectangular:

«A Clifford Saxon, del
F. B. I.».

Tomé el sobre. Lo rasgué con gesto brusco. Extraje un pliego doblado, un papel escrito igualmente con rotulador, en grandes caracteres.

Leí su texto:

«Saxon:

Su chica está en nuestro poder.

Es mejor que vuelva a los Estados Unidos inmediatamente y olvide todo este asunto.

Si obedece, ella regresará en breve espacio de tiempo allí, sana y salva. Podrá casarse con ella, porque es libre de hacerlo.

Si no obedece, si sigue adelante, tendremos que ejecutarla sin remedio.

Ella morirá. E incluso usted puede morir».

No había firma alguna. Ni hacía falta. Cualquier firma que hubiese existido en el mensaje, sería falsa, un simple anónimo o un nombre supuesto, o una inicial que nada dijese.

Estrujé el papel entre mis manos. Me estremecí, furioso. Después, me quedé en medio de la estancia, sin saber qué hacer.

Era algo terrible saberse vencido. Derrotado. Y, lo que era peor, con la vida de Doris en grave, en gravísimo riesgo, realmente.

El dilema estaba claro: renunciar al asunto, a mi propio caso personal, era tener una remota oportunidad de salvar su existencia, conforme a la promesa de aquel texto, nada de fiar.

Seguir adelante, hacer caso omiso de la amenaza anónima, significaba jugarse la vida de Doris a una sola carta. Sin ninguna esperanza de salvarla...

Volví a la terraza. Medí la distancia al suelo. Salvé la orilla, y de un ágil brinco me encontré en el suelo de la calleja posterior. Me incliné, tomando el trozo de pijama de Doris. Lo oprimí entre mis dedos, casi con rabia. Lo apreté contra el pecho, tiernamente.

—Dios mío, que nada le suceda a Doris —musité, estremecido.

Luego, recorrí la calleja, hasta sus dos extremos.

En uno de ellos, un canalillo de agua humedecía el empedrado antiguo. En el barrillo formado, se veían huellas nítidas de neumáticos. Me incliné. Tomé una copia de aquellas huellas, oprimiendo contra ellas el propio papel del anónimo. Se dibujó el barro sobre el papel, dando la forma exacta de su dibujo. Podía ser útil a la Policía de Teherán, aunque la orden era de no continuar con todo aquello, y volver a los Estados Unidos.

Cuando comprobé que cualquiera que fuese el coche raptor y sus ocupantes, con Doris prisionera, estaba lejos ya de allí, y que debió suceder todo sigilosa y rápidamente, durante mis reflexiones, medio somnoliento en el lecho, resolví dejar de buscar aquel rastro inútil.

Y pensé, con amargura, que solamente tenía un camino a seguir: el regreso a casa, a los Estados Unidos. Sin Doris. Y con la terrible pesadumbre, sobre mi conciencia y mi espíritu, de la suerte que podía aguardarle a ella en dondequiera que estuviese...

Al otro día, solicitaba en la oficina de turismo de Teherán un solo pasaje de vuelta a los Estados Unidos. Las Líneas Aéreas Iraníes me proporcionaron un pasaje en sus vuelos hasta El Cairo, de donde la «TWA» me recogería, en el vuelo El Cairo-Roma-Madrid-Lisboa-Azores-Nueva York.

Era el fracaso. Era mi respuesta abierta al anónimo amenazador. Era mi abandono del caso, mí «K. O.» técnico.

Era la derrota. Y, quizá, el desastre.

Sobre todo, para Doris Prentice.

X

RIORDAN me contempló, sombrío.

—De modo que ha perdido la partida, Cliff... —Sí, señor. He perdido. Es el fracaso. No podía hacer otra cosa que volver. Volver aquí.

—¿Sin Doris?

—Sin Doris. Quedarme allí, es sentenciarla a morir. Seguir adelante, es adelantar su ejecución.

—¿Y ahora, Saxon? ¿Qué va a hacer ahora?

—Esperar...

—Esperar, ¿qué?

—El regreso de ella, inspector Riordan —dije lenta, dura, fríamente—. Esperar a ver si vuelve. Hice publicar un ultimátum en los diarios de Teherán, en la sección de anuncios, antes de abandonar el país. Les exigía la devolución de Doris, antes de una semana. En caso contrario, seguiría adelante aun a costa de su vida. Y si ella era sacrificada, morirían todos a mis propias manos.

—Es sólo una baladronada, y ellos lo saben. No le devolverán a Doris, si así lo desean. Después de todo... usted no sabría dónde buscarla.

—Claro que lo sé, inspector Riordan —sonreí fríamente—. Lo sé muy bien...

—¿De veras? —Él me examinó con estupor—. ¿Está seguro de lo que dice?

—Muy seguro. Sé dónde encontrar a Doris, o estaré profundamente equivocado sobre muchas cosas.

—¿Dónde, Saxon?

—En un pequeño rincón del nordeste de la india, junto a la frontera china, no lejos de Calcuta, y tampoco muy lejos de la

central hidroeléctrica china de Paan, o Batang, en las márgenes del Yang-Tsé-Kiang.

—¿Qué lugar es ése?

—El emirato Brahma, a orillas del Brahmaputra hindú. El emirato del emir Lasha Din, en suma...

El hombre de rasgos orientales sobre el rostro oliváceo, terso e inexpressivo, se quedó mirándome fijamente. Asintió luego, muy despacio.

—Sí, señor Saxon. Sé de lo que me está hablando. El emirato de Lasha Din, el territorio de Brahma, junto a nuestra frontera... —asintió lentamente, con expresión astuta en sus ojos brillantes y oblicuos.

—Bien —suspiró—. Entonces, huelgan explicaciones. Usted sabe a qué me refiero exactamente.

—Lo sé. Problemas en la frontera. Armas, peligro de guerra abierta... Invasiones hindúes de la frontera china, incursiones sangrientas en nuestro territorio... El Gobierno de Nueva Delhi nos provoca constantemente.

—No, no es ése el caso —rechacé—. No sé si en otras ocasiones su Gobierno o el de Nueva Delhi provoca al otro, pero en esta ocasión todo forma parte de un juego.

—¿Un juego? —Enarcó unas cejas de por sí arqueadas y casi diabólicas.

—Llamémoslo así, aunque desgraciadamente sea un juego feroz y cruel para nuestro mundo de hoy. La guerra provocada...

—Guerra... —Se estremeció el hombre de rasgos orientales—. No, nadie quiere la guerra, en realidad, salvo los fanáticos de cualquier pueblo del mundo.

—Escuche, Chang —hablé con energía—. Mi Gobierno y el suyo no mantienen buenas relaciones de amistad hoy en día. Pero eso no nos debe afectar ahora a usted ni a mí personalmente. Hay veces en que dos hombres de buena voluntad hacen más que dos Gobiernos obstinados en diferentes puntos de vista.

—¿Adónde va a parar?

—A esto: el Gobierno hindú no crea las provocaciones de la frontera del emirato. Tampoco su gente, Chang. Las patrullas de la China Roja se mantienen en sus puestos, y también las guarniciones hindúes de frontera. He leído el historial de los últimos sucesos de

esa zona. Todas las provocaciones en uno u otro sentido, fueron hechas en torno a ese emirato. Conclusión: un grupo de chinos fanáticos y otro de hindúes, están provocando el choque bélico, el pretexto para una guerra sangrienta y terrible entre China y la India, a lo largo de la mayor frontera del mundo.

—¿Por qué motivo haría nadie eso? ¿Por política simplemente? —dudó Chang.

—No, no creo que ése sea el caso actual, Chang. Los fanáticos chinos pueden ser legítimos o pagados. Los belicistas hindúes, lo mismo. Tanto da manejar a esa gente por idealismos como por dinero. En ambos casos, el resultado final es el mismo: la guerra chino-hindú. Millares, millones de armas y municiones para ambos bandos. Y un gran beneficiado: el proveedor de armamento. El mismo problema de Israel y Jordania, de Biafra y Nigeria, de todos los pequeños países, empeñados en matarse para defender intereses bastardos de los grandes magnates de otros países ricos y poderosos en industria. Es la vergüenza, el fracaso de nuestra época y nuestra civilización.

—Usted acusa a alguien determinado, ¿no?

—Chang, en otros casos podría acusar a naciones muy afines a nosotros mismos, a usted y a mí, desgraciadamente —sacudí la cabeza con pesar—. Pero en el caso actual es diferente.

—¿Por qué diferente, y no una maniobra americana y rusa para complicarnos a nosotros en una guerra de exterminio y desgaste?

—Porque eso pretenden que parezca, Chang. No es así, sin embargo. Hay una entidad privada, unos grandes magnates que rigen el negocio de armas. Ellos son los que están enviando masivas cantidades de armas y municiones a algunos puntos en fricción del mundo, donde luego provocan el choque. Me preguntaba cuál podía ser el objetivo del emir Lasha Din y su juego. Ahora lo sé: la guerra chino-hindú. Un gran negocio para su venta de armas, bajo la apariencia de electrodomésticos enviados a través de líneas propias de transporte. En realidad, una serie de sociedades, asociadas a su vez en una sola estructura industrial que distribuye esas armas por doquier. Ése es el caso concreto de que le hablo. Me ha bastado estudiar los últimos casos de fricción así para descubrirlo.

—De modo que el emir Lasha Din...

—Es el culpable. El único responsable, él y su organización.

Todo está dirigido en ese sentido. Yo mismo fui hipnotizado primero, llevado luego a algún remoto confín del mundo, que pudo ser el propio emirato, para sufrir un experto «lavado de cerebro» científico, logrando borrar de mi mente cuánto sabía y sospechaba sobre ese negocio. No sé lo que ocurrió, pero así fueron las cosas. En vez de matarme, alguien me concedió la vida y me devolvió a mi ambiente y mi mundo, aunque con una parte de mis recuerdos científicamente borrados a conciencia. Por fortuna, he recordado demasiado para su seguridad, y eso hace que ahora un rehén viviente responda de mis actividades. Yo no puedo volver a Oriente Medio, y menos a Asia. Si fuese a la india, todo se descubriría, y mi prometida sería asesinada. Por eso, he averiguado, a través del

F. B. I.,

que usted es como un enlace oficioso de los problemas que puedan surgir entre China y los Estados Unidos, pese a no tener condición diplomática ni existir relaciones entre ambos países. Quise hablarle con sinceridad, con la mano en el corazón. Espero, sencillamente, que me responda. Quiero un golpe audaz de guerrillas, un asalto al emirato, y la captura del emir Lasha Din, a ser posible sin sangre ni conflictos violentos. ¿Lo cree factible?

—Lo creo difícil —sonrió Chang—. Pero no imposible. Si usted tiene razón, señor Saxon, mi Gobierno le quedará muy reconocido. Oficiosamente, desde luego...

—Sí, gracias —suspíré—. Gracias, Chang. Esperaré sus noticias...

Le tendí la mano. Aquel enlace oficioso de la China Continental de Mao me la estrechó. Por una vez, éramos aliados en algo de mutuo interés.

Ahmid Rasar se quedó sorprendido al verme aparecer.

—¿Usted? —exclamó, estupefacto—. Le creí en los Estados Unidos...

—Sí, también yo —confesó con asombro Stuart Hedren, mirándome incrédulo—. Recibimos una nota del

F. B. I.

Su prometida había sido secuestrada, y se temía por su vida si usted proseguía ciertas investigaciones.

—Les he exigido que me la devuelvan en una semana, o actuaré

contra ellos —sonreí fríamente—. Por eso he vuelto.

—¿Se la devolvieron de verdad? —se sorprendió Hedren.

—No le sé aún. Pero espero que lo hagan por su propio bien —reí burlón.

—Es una temeridad, Saxon —se quejó el funcionario de la Policía iraní—. Pueden matarla, si sospechan que usted está aquí otra vez...

—Espero por su bien que no lo hagan —dije glacialmente—. Su única posibilidad de sobrevivir está en que respeten la vida de Doris. Si algo le ocurre a ella, los aplastaré a todos, oficial Rasar.

—Aplastará... ¿a quiénes? —se interesó Hedren, perplejo—. ¿Es que sabe a quiénes dirigirse acaso?

—Por supuesto —sonreí mirándole fijamente—. Me refiero al emir Lasha Din... y a usted, Stuart Hedren. ¿O prefiere que le llame... Judd Munro?

Le vi palidecer intensamente. Hedren pegó un salto, para quedarse cogido entre mi automática y la del oficial de la Policía iraní.

—¿Qué quiere decir? —aulló, trémulo, descompuesto.

—Usted lo sabe bien —apoyé el cañón de mi automática en su pecho—. El emir Lasha Din, que no era tal, sino una mujer emir: Lasha es igualmente nombre de hombre o mujer en hindú... Lasha Din era una hermosa mujer, morena, exótica... y de verdes ojos. Ya está prisionera, vencida, y el emirato ocupado militarmente.

—Está loco... —jadeó Hedren—. No sé de qué habla, ni tiene sentido todo eso que dice usted.

—Oh, por supuesto. No tiene sentido, pero usted está asustado. Sabe que es cierto. Se hundió el negocio de las armas. Vea lo que acabo de recibir, a mi paso por Londres, camino de Teherán...

Le tendí un cablegrama fechado en Pekín. El texto, en inglés, era claro:

«Emirato Brahma dominado tropas chinas e hindúes en mutuo acuerdo Nueva Delhi-Pekín por excepcional situación mutuo peligro. Emir Lasha Din prisionera y confesa. Doris Prentice rescatada sana y salva regresa Estados Unidos. Armas confiscadas y empresas comprometidas denunciadas Interpol. Gracias por todo. Chang, del Servicio Secreto chino».

Hedren lanzó un ronco gemido. Ahmid le puso, rápido, las esposas. Se cerraron las pulseras de acero en torno a sus muñecas. Luego, el oficial iraní me buscó con la mirada, en busca de explicación a todo aquel lío.

—Por una vez, el

F. B. I.,

cooperó con los Servicios de Inteligencia de Pekín. Se trataba de evitar una guerra cruel y absurda. Nueva Delhi también lo entendió así. La operación conjunta ha resultado. Espero que la buena cooperación entre los pueblos gane con este ejemplo... El emirato, foco de todos los problemas fronterizos de esa zona, que hubiera terminado degenerando en una guerra abierta China-India, con miles o millones de muertos, dada la densidad y amplitud de ambos países, ha sido vencido, dominado por ambas fuerzas unificadas.

—Pero eso... ¿tiene relación con usted, Saxon, y con su problema personal? —se extrañó Ahmid.

—Relación directísima. Se trataba de impedir que yo me mezclara en ese asunto, denunciando el tráfico de armas, descubierto en El Cairo, con destino a la frontera chino-hindú.

—¿Y... con Dana y Judd Munro?

—Más directa aún. La versión de Stuart Hedren era falsa, porque él era en realidad el auténtico Judd Munro, y el nombre de Stuart Hedren era solamente una falsa identidad, muy necesaria para nuestro hombre, alterando así la realidad de las cosas. Dana Munro, esposa secreta de su primo Judd, a quien hacía pasar por secretario, era socio del, emir, y cómplice en el gran negocio de las armas a Asia. Cuando yo descubrí el secreto, casualmente ella era mi compañera de viaje. Me hipnotizó, convirtiéndome momentáneamente en un pelele. Como no podían ocultarme, me pasearon como el esposo de Dana, falseando un pasaporte e inculcándome la idea de que yo era Judd Munro, su esposo y primo. Así me trajeron a Teherán, donde todo el mundo conocía al verdadero Judd Munro, su esposo auténtico y su cómplice en este juego, como el secretario Hedren. Luego, más tarde, fui trasladado al lugar adonde realmente deseaban llevarme: el emirato cercano a la frontera china. Allí, algún científico oriental trabajó de tal modo mi cerebro, que me produjo ese vacío de recuerdos, ese olvido temporal que tan útil podía serles. ¿Por qué no me mataron? Creo

que sólo hay una explicación plausible: alguien se enamoró de mí. No sé si Dana Munro o la emir Lasha Din. Quienquiera que fuese, me salvó la vida, permitiendo que volviera al mundo, aunque con la mente alterada para que no recordase aquello que podía hundir el gran negocio criminal de la época.

—Fue Dana... —habló roncamente Hedren, mirándome con odio—. Dana no quiso matarle, y ella lo estropeó todo con su clemencia. No sé qué vio en usted para sentir algo hacia su persona, pero Dana pidió clemencia a Lasha Din, y ella, mujer al cabo, se la concedió. Usted fue devuelto sano y salvo, aunque sin memoria... Ojalá le hubiéramos matado entonces, maldito sea...

—Gracias por su piropo —suspiré cansadamente. Hice a Ahmid un gesto expresivo—. ¿Se da cuenta ahora? Stuart Hedren era el que manejaba los negocios de su esposa Dana, y quería llegar a ser el amo de todo el plan, junto con la emir de Brahma. Así, se le ocurrió la idea, tras mi aventura, de liquidar a Dana, haciendo creer que era un suicidio por amor... Todo muy correcto en apariencia, para apoderarse de todos los bienes de ella. Dentro de un tiempo, él diría ser Judd Munro, y sería amo y señor de acciones, sociedades, obligaciones y todo eso. ¿Quién iba a sospechar, no entrando yo en escena? Lo peor de todo es que, cuando iba a casarme inocentemente en mi país, una mujer me identificó por un viaje a los Santos Lugares. Eso cambió todo el curso de los hechos, Hedren. Fue usted vencido por una simple mujer que, accidentalmente, habló conmigo durante mi período de hipnosis y de sometimiento a las drogas que me convirtieron en el dócil esposo de Dana Munro... Y yo vine aquí, para hundir no sólo los negocios de sus cómplices del emirato, sino también su propia finalidad de ser el amo de toda la fortuna de Dana. Le aseguro que traigo conmigo todos los datos del Canadá, con sus informes, fotografías, fuellas, etcétera. No habrá dificultad en demostrar quién es usted ante la ley del Irán.

—Y será ahorcado por homicidio —asintió Ahmid—. Se probó que la señora Munro fue estrangulada, no que ella se ahorcase, como él afirmaba...

—En cuanto a Doris, volverá a los Estados Unidos en seguida. En cuanto supe que los agentes de Pekín tenían ya a Doris a salvo, entré en acción contra usted, volviendo a Teherán para desenmascararle, Hedren. Siempre sospeché de usted, porque no

creía en un Judd Munro idéntico a mí, y usted era la única persona en afirmar tal cosa...

—Eso zanja el asunto, Saxon —dijo el policía iraní, ordenando a sus hombres que se llevaran consigo al prisionero—. Pero ¿y usted? ¿Ha recuperado ya totalmente su memoria?

—Sí, por completo —sonreí, divertido—. Sólo que no recuerdo nada...

—¿Cómo? —se asombró él.

—Sé lo que ocurrió, pero no porque yo lo recuerde —toqué mi cabeza—. Mí «lavado de cerebro» requiere tiempo, procedimientos diversos, aunque creo recordar cosas de forma nebulosa. Chang, mi buen amigo agente de Pekín, me ha prometido la ayuda de un científico chino, experto precisamente en «lavados de cerebro». Después, precisamente por ser experto en ello, me tratará de forma inversa, tras estudiar mi caso.

—Comprendo. —Ahmid Rasar me tendió su mano cordial, abierta—. Bien, es todo. Gracias por su ayuda. El Gobierno iraní le quedará muy agradecido al

F. B. I.

por cooperar a la captura de un individuo como Judd Munro.

—No tiene que agradecerme nada —sonreí—. Soy yo quien tiene que estar agradecido a todos... Incluso al propio

F. B. I.

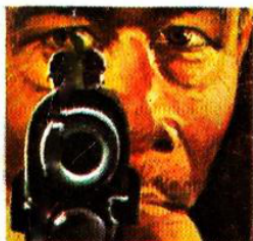
Después de todo..., éste es mi caso. Mi propio caso personal, oficial Rasar...

Saludé, dirigiéndome a la salida. Tenía que telefonear a Washington, a Pekín, saber si, al fin, Doris había vuelto.

Ella era lo más importante ahora. Primero, ella. Luego..., lo que hubiese allá, en el fondo de mi subconsciente...

FIN

FBI
Selecciones



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.

NOTAS

[1] Comida. < <

[2] Sí; comida. ¿Qué comida? < <

[3] Huevos, carne de buey, cerveza, café... (En lenguaje árabe. Nota del Autor). < <

[4] ¿Cómo? < <

[5] ¿Alguna bebida alcohólica? < <

[6] No. (Todo en lenguaje árabe. N. del A.). < <

[7] La cuenta, la cuenta, señor. < <

[8] Llamen a la Policía. (Igualmente todo en árabe, como anteriormente. N. del A.). < <

[9] «Maidan»: en iraní, «plaza». < <